



The Library  
of the  
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic  
and  
Philanthropic Societies

~~8628~~  
~~T255~~  
v. 29

a 00002 34811 4



PQ6217  
.T44  
vol. 29  
no. 1-18

PQ6217  
.T44

THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE  
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC  
SOCIETIES

**BUILDING USE ONLY**

PQ6217  
.T44  
vol. 29  
no. 1-18



# MANON LESCAUT

Tres actos,  
en verso, de

LUIS F.  
ARDAVIN

—Y—  
VALENTÍN  
DE PEDRO



la farsa 50  
céntos.

Cubierta

de

este

número:

Carmen Moragas

y

Rafael Calvo

en

una

escena

de

Manón Lescaut

6669

MANON LESCAUT





LUIS F. ARDAVIN Y  
VALENTIN DE PEDRO

# MANON LESCAUT

ADAPTACION ESCENICA DE LA FAMOSA NOVELA DEL  
ABATE PREVOST, EN TRES ACTOS—CADA  
UNO DE ELLOS DIVIDIDO EN DOS  
CUADROS—Y EN VERSO

*Estrenada la noche del 1.º de abril de 1932 en el  
Teatro Cómico, de Madrid, por la Compañía de  
Carmen Moragas.*

DIBUJOS DE  
ANTONIO MERLO



**LA FARSA**

AÑO VI || [23 DE ABRIL DE 1932 || NÚM. 241  
MADRID

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

---

Copyright by Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro, 1932.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# Título de los cuadros y reparto

## ACTO PRIMERO

### PRIMER CUADRO: EL ENCUENTRO EN AMIENS

#### PERSONAJES

#### ACTORES

<i>Manon</i> .....	Carmen Moragas.
<i>La Hechicera</i> .....	Carmen López Lagar.
<i>De Grioux</i> .....	Rafael Calvo.
<i>Luciano</i> .....	Emilio Menéndez.
<i>Hostelero</i> .....	Francisco Calvera.
<i>El Ayo de Manon</i> .....	Rafael Terry.
<i>Seminarista 1.º</i> .....	Francisco Valera.
<i>Seminarista 2.º</i> .....	José Rico.
<i>Estudiante 1.º</i> .....	Rodolfo del Campo.
<i>Estudiante 2.º</i> .....	Carlos Gray.
<i>Estudiante 3.º</i> .....	Pablo Costa.
<i>Un Soldado</i> .....	Angel Alcaraz.

Estudiantes, seminaristas y soldados.

### CUADRO SEGUNDO: LA VIDA EN PARIS

<i>Manon</i> .....	Carmen Moragas.
<i>La Modista</i> .....	Carmen López Lagar.
<i>Lina</i> .....	Pilar González Torres.
<i>De Grioux</i> .....	Rafael Calvo.
<i>Su padre, el conde De Grioux</i> .....	Ricardo Juste.
<i>Luciano</i> .....	Emilio Menéndez.
<i>Lescaut, hermano de Manon</i> .....	Leopoldo De Diego.

## ACTO SEGUNDO

### TERCER CUADRO: SAN SULPICIO

<i>Manon</i> .....	Carmen Moragas.
<i>La reina María Leczinska</i> .....	Micaela Castejón.
<i>La Dama enlutada</i> .....	Carmen López Lagar.
<i>Dama 1.ª</i> .....	Pilar González Torres.
<i>Dama 2.ª</i> .....	Consuelo Sanz.
<i>Feligresa 1.ª</i> .....	Amanda Naida.
<i>Feligresa 2.ª</i> .....	Emilia Sanz.
<i>De Grioux</i> .....	Rafael Calvo.
<i>El conde De Grioux</i> .....	Ricardo Juste.
<i>Luciano</i> .....	Emilio Menéndez.
<i>El cardenal Fleury</i> .....	Francisco Calvera.
<i>Lego 1.º</i> .....	Francisco Valera.
<i>Lego 2.º</i> .....	Rodolfo del Campo.
<i>Caballero 1.º</i> .....	José Rico.
<i>Caballero 2.º</i> .....	Pablo Costa.

Un monje, Pajes y cortejo de la Reina. Damas, caballeros, feligreses y familiares del Cardenal

CUARTO CUADRO: DEL PALACIO A LA PRISION

PERSONAJES

ACTORES

<i>Manon</i> .....	Carmen Moragas.
<i>La Condesa</i> .....	Carmen López Lagar.
<i>Lina</i> .....	Pilar González Torres.
<i>De Grioux</i> .....	Rafael Calvo.
<i>Lescaut</i> .....	Leopoldo De Diego.
<i>El Marqués</i> .....	Manuel De Juan.

Criados del Marqués.

ACTO TERCERO

QUINTO CUADRO: NUEVA ORLEANS

<i>Manon</i> .....	Carmen Moragas.
<i>La Hechicera</i> .....	Carmen López Lagar.
<i>Liberta</i> .....	Paz Robles.
<i>La Roja</i> .....	Amanda Nalda.
<i>La Manchada</i> .....	Consuelo Sanz.
<i>Mujer 1.<sup>a</sup></i> .....	Emilia Sanz.
<i>De Grioux</i> .....	Rafael Calvo.
<i>El Gobernador</i> .....	Rafael Terry.
<i>Synnelet</i> .....	Angel Alcaraz.
<i>El Patrón</i> .....	Leopoldo De Diego.
<i>El Capataz</i> .....	Francisco Calvera.
<i>Collet</i> .....	Rodolfo del Campo.
<i>Cara de Asno</i> .....	José Rico.
<i>Un Marinero</i> .....	Francisco Valera.
<i>Hombre 1.<sup>o</sup></i> .....	Carlos Gray.
<i>Hombre 2.<sup>o</sup></i> .....	Pablo Costa.

Hombres y mujeres de la factoría, marineros.

SEXTO CUADRO: MUERTE DE MANON

<i>Manon</i> .....	Carmen Moragas.
<i>La Hechicera</i> .....	Carmen López Lagar.
<i>Liberta</i> .....	Paz Robles.
<i>La Roja</i> .....	Amanda Nalda.
<i>La Manchada</i> .....	Consuelo Sanz.
<i>De Grioux</i> .....	Rafael Calvo.
<i>Cara de Asno</i> .....	José Rico.

Hombres y mujeres de la factoría, marineros.

La acción en Francia, y en Nueva Orleans, hacia el año 1730.

La misma actriz que se encargue del papel de *La Hechicera* ha de interpretar el de *La Modista*, *La Dama enlutada* y *La Condesa*, ya que los autores han pretendido unir a todos estos personajes con el hilo de la fatalidad que parece pesar sobre los accidentados amores de Manon y De Grioux desde el instante de su encuentro.



## ACTO PRIMERO

### CUADRO PRIMERO

*Patio de una hostería en Amiens. Es el mismo que hemos visto cien veces en los viejos grabados. Muy francés. Muy Luis XV. De ese falso realismo donde ciñen espuelas de plata los soldados.*

*La casa al foro. Puerta de escalones. Ventanas. (Los tiestos del alféizar animan las vidrieras.) Arco grande al bullicio de las calles cercanas y un pabellón que ocultan unas enredaderas.*

*Es media tarde. El oro del ocaso decora los techos de pizarra, de aguda silueta. Y mientras en sus torres Amiens, la grave, llora, da comienzo la farsa que imaginó el poeta.*

En una mesa, DE GRIEUX, LUCIANO y TRES SEMINARISTAS. En las otras, ESTUDIANTES y SOLDADOS. Un HOSTELERO.

SOLDADO.

(Al hostelero.)

¡Hola! ¿Desde cuándo acá, moviendo esta algarabía, tomada al asalto está de bigardos la hostería?

HOSTELERO.

Que el curso acabó y se van a sus hogares mañana.



(Entra LA HECHICERA, mujer todavía hermosa.)

ESTUD. 1.º

¡Hechicera!

ESTUD. 2.º

¡Eh, la hechicera!

ESTUD. 3.º

¡Aquí, doña Tafetanes!

HECHICERA.

¿Qué quieren los tres galanes  
orgullo de Francia entera?

ESTUD. 1.º

¡Que nos digas la manera  
más rápida y más certera  
de llegar a chambelanes!

HECHICERA.

¡Y a marqueses y privados  
del rey Luis, nuestro señor!  
¡Que harto están capacitados  
los tres capullos en flor!  
¿Capullos?

SOLDADO.

HOSTELERO.

¡Ved, doña Ungüento  
cómo se alegra y esponja!

HECHICERA.

¿Nací, por ventura, monja  
o estamos en un convento?

ESTUD. 1.º

¡Vade retro!

ESTUD. 2.º

¡Nunca en ellos!

ESTUD. 1.º

¡Mundo me den donde goce  
del amor!

HECHICERA.

(Por el grupo donde está De Grioux.)

¡Bien se conoce  
que vos no sois como aquellos!  
Pues ¿cómo son?

SOLDADO.

ESTUD. 1.º

¡Dos erizos!

ESTUD. 2.º

¡Dos columnas de un altar!

HECHICERA.

¡Nuncan quisieron probar  
los mágicos bebedizos  
que doy para hacerse amar!

SEMINAR. 1.º

(A la Hechicera, que los mira.)

¿Qué mira doña Corneja?

HECHICERA.

¡Miro al sol, galán apuesto!

SEMINAR. 1.º

Pues llégate un poco y deja  
ver lo que traes en el cesto.

HECHICERA.

(Acercándose y descubriendo el canastillo.)

Lo mejor que las artes de magia  
ofrecerte pueden, galán:  
el horóscopo y el talismán  
que lo bueno y lo malo presagia.  
El perfume de flor de argalía  
que en la corte del rey Solimán,  
la suitana de Persia tenía  
para hacerse adorar noche y día  
del fiero sultán.

Para damas camanduleras  
y doncellas que nacen esquivas,  
el perfume de adormideras  
y las pocimas inofensivas,  
Caicedonias traídas de oriente;  
abanicos de oro y marfil;  
el aifóncigo, la simiente  
y la lama de torongii;  
cuanto puede vencer fácilmente  
los temores de un alma inocente  
que lleva en su frente  
las blancas mañanas de abril.

(A De Grioux.)

¿Me compras algo, mancebo?  
¿Prefieres saber tu suerte?  
¡También en mi cesta llevo  
la verde rama de acebo  
y el áspid que da la muerte!  
¡Aparta!

DE GRIEUX.  
HECHICERA.

¡Lirio temprano!  
Si me quisieras oír,  
por las rayas de la mano  
descubriría, en el arcano  
de tu vida, el porvenir.

DE GRIEUX.

(A la Hechicera, tendiéndola su mano.)

HECHICERA.

Ten.  
Tu mano transparente  
tiene blancor de azucena.  
Se la mira y fácilmente  
se ve, al trasluz, la corriente  
de la sangre en cada vena.  
Así lo que has de sufrir.  
Por cada instante de gozo  
un dolor ha de venir  
de blanca plata a teñir  
tus rubias sienas de mozo.  
Dice esta raya, ventura;  
esta, engaños, amargura,  
puñales dentro del alma;  
y esta que cruza tu palma,  
de parte a parte, clausura.  
Veo una cruz, un cilicio;  
veo una estancia severa  
y al pie de una calavera  
veo rezando un novicio  
que es un espectro de cera.  
Y veo, por si era poco,  
como larga expiación,  
los hierros de una prisión  
para las quejas de un loco.  
¡Pues no le envidio la suerte!  
Ni yo.

ESTUD. 1.º

ESTUD. 2.º

DE GRIEUX.

(Impaciente a la hechicera:)

HECHICERA.

¡Termina!

DE GRIEUX.

HECHICERA.

DE GRIEUX.

HECHICERA.

Termino;  
ya estoy al fin del camino.  
¿Y en él...?

Viaje largo... y muerte.

¿Quién muere?

Ni yo lo sé,  
ni a saber te lo diría.

(Soltándole la mano:)

¡Y acabó la profecía,  
galán!

LUCIANO.

DE GRIEUX.

¡Agradable fué!

Toma, bruja.

(Le da unas monedas.)

Pero mira  
lo que has procluido, mujer.  
¡Si tu horóscopo es mentira  
que yo no te vuelva a ver!



- HOSTELERO. *(El grupo se disuelve. Se oyen dentro cascabales.)*  
¡La diligencia de Arrás!
- ESTUD. 1.º *(Pausa. Todos corren a la puerta.)*  
*(Mirando a la calle:)*  
¡Señores, qué mercancías!  
¿Viajeras?
- ESTUD. 2.º  
ESTUD. 1.º ¡Y de las mías!  
SEMINAR. 1.º ¡Por vida de Satanás  
que son guapas!
- ESTUD. 1.º Acudamos  
a darles el parabién.
- ESTUD. 2.º ¡Como somos, tal cumplamos!  
SEMINAR. 1.º ¡Cuatro días que vivamos  
*ad gloriam féminae!*
- SEMINAR. 2.º ¡Amén!
- (Se van todos menos LUCIANO y DE GRIEUX, que parece aborto.)*
- LUCIANO. ¡Bah, De Grioux, no creáis en sortilegios!  
Por suerte, partiréis cuando amanezca  
para olvidarlo todo, profecías  
y amigos.
- DE GRIEUX. No, Luciano. Con vos queda  
mi amistad fraternal, pues dos hermanos  
no se querrían con mayor firmeza  
que nosotros.
- LUCIANO. Es cierto.
- DE GRIEUX. Mas precisa  
que regrese al hogar. Allí me esperan  
un padre que se mira en mi conducta,  
una granja, un lebrél y una escopeta.
- LUCIANO. ¡Dichoso vos, que a disfrutar os llaman  
los placeres honestos de la aldea!  
¡Yo aquí quedo, a estudiar y a consumirme  
entre los cuatro muros de una celda!
- DE GRIEUX. También yo quedaría si, cual vos,  
al llegar el otoño recibiera  
la sagrada tonsura.
- (Poniéndose en pie:)*  
Pero vámonos.
- LUCIANO. La tarde muere y los viajeros entran.  
Esperad un instante. Voy a hacer  
que os guarden un asiento en la galera.  
Mañana seréis muchos a ocuparla  
y conviene que todo se prevenga.
- (Se va. Entran MANON, su AYO, el HOSTELERO  
y la HECHICERA, que ofrece a Manon sus baratijas.)*
- HECHICERA. Para afinar la piel y hermosearla,  
compradme, niña, el elixir de almendras.
- MANON. ¡Quita, buena mujer!
- HECHICERA. ¿No queréis nada?
- HOSTELERO. ¡No enojos a madama con simplezas!
- MANON. *(A su ayo:)*  
Dadla un socorro.  
*(El ayo la da unas monedas.)*
- HECHICERA. *(A Manón:)*  
¡Que os la aumente el cielo  
si es posible aumentar vuestra belleza!  
*(Se va.)*

DE GRIEUX.

(Para sí:)

¡Dios mío! ¡Juraría que conozco  
o que en sueños he visto a la viajera!

MANON.

(Dejándose caer en un asiento.)

¡No puedo más! ¡Estoy desfallecida!

HOSTELERO.

¿Queréis un refugio?

MANON.

¡Vengo muerta  
de cansancio! Dormir es lo que ansío.  
¡Y llorar!

AYO.

¿Otra vez?

HOSTELERO.

¿Llorar?

AYO.

Sin tregua.

Desde que hemos salido de su casa.

MANON.

¡Es el único alivio que me queda!

(Llora.)

AYO.

¡Vaya, tranquilizaos! Voy a ver  
si os aguarda esta noche la abadesa.

Pronto vuelvo a buscaros.

(Se va. El Hostelero deja el equipaje en un rincón  
y se mete en la hostería. Pausa. Manon se enjuga el  
llanto.)

DE GRIEUX.

¡Es hermosa!

MANON.

(Reparando en él.)

¡Ah! Creía estar sola. Con prudencia  
observa.é al mancebo que me mira.

(Saca una polvera y una barrita de carmín. Mien-  
tras se pinta le observa por el espejillo.)

DE GRIEUX.

¡Si me atreviese a hablarla!...

MANON.

¡Si él supiera!...

(Pausa. Los dos vacilan. Ella, al fin, más decidida,  
se le acerca y dice.)

Caballero...

DE GRIEUX.

(Muy turbado.)

¿Señora?

MANON.

(Rectificándose.)

Señorita.

DE GRIEUX.

¿Señorita?

MANON.

Las monjas recoletas  
de Santa Inés, ¿sabéis si, por acaso,  
distan mucho de aquí?

DE GRIEUX.

Según quien tenga  
que ir al convento. Siendo vos, y pese  
a vuestro paso de gentil gacela,  
cansada como estáis, pienso que mucho.

MANON.

Cumplido caballero y ligonjeras  
palabras que me halagan. Pero ved  
que no puedo escucharos.

DE GRIEUX.

¿Quién lo veda?

MANON.

Quien vigila mis actos.

DE GRIEUX.

¿Vuestro padre?

MANON.

Mi verdugo más bien: mi centinela.  
Me llevan al convento. Vestiré  
un hábito grosero de estameña;  
cortarán para siempre mis cabellos  
y quedará encerrada entre unas rejas.

DE GRIEUX.

¡Imposible! ¿Tan joven? ¿Tan hermosa?  
¿Sois huérfana quizá?

MANON.

¡Dios no lo quiera!

DE GRIEUX.

¿Estáis desengafiada de este mundo?

MANON.

¿Desengañada, sin gozarlo apenas?

DE GRIEUX.

Entonces... No comprendo. ¿Hicisteis voto  
y venís a cumplir vuestra promesa?

MANON.

No vengo por mi gusto. Son mis padres  
los que me obligan a ingresar por fuerza.  
¡Pero eso no ha de ser!

DE GRIEUX.

(*Por una rosa que Manon lleva al pecho.*)

Nació esa flor  
para dar sus perfumes al aire que la besa,  
al viajero que pasa por su lado  
o al seno torneado  
donde vos la lleváis, como el broche encarnado  
de una dulce promesa.

¡No para verse disecada y presa  
en las hojas de un códice miniado!

MANON.

DE GRIEUX.

Y yo, ¿qué puedo hacer?  
¡Negaros! ¡Protestar!

Resistir el asedio  
¡y escapar!

MANON.

(*Asombrada.*)

¿Escapar?

DE GRIEUX.

Si yo encontrara el medio,  
¿vendríais?

MANON.

¡No sigáis! Aun no acabamos  
de conocernos; sin saber siquiera  
quiénes somos, hablamos,  
¿y ya desvariamos?  
Si mi ayo volviera,  
y hablando aquí con vos me sorprendiera,  
extremaría su rigor conmigo.  
¿Qué inclinación os mueve  
a mirar por mi bien?

DE GRIEUX.

La que se debe  
a quien sufre injusticia en el castigo.  
Defender a una dama que padece.

MANON.

¡Bien honráis esa cruz de caballero!  
Pero, en verdad, mi pleito no merece  
que abandonéis por mí vuestro sendero,  
si os mueve la piedad.

DE GRIEUX.

¿Y sé yo mismo  
qué sentimiento es  
el que me guía a vos? Sé que un abismo  
se abrió, desde que entrasteis, a mis pies;  
que, antes de vos llegar, una hechicera  
me predijo el amor; que os presentí  
conforme se acercaba la galera,  
y que apenas os ví  
se hizo luz en mi alma oscurecida  
y quedó convertida  
en una floreciente primavera.  
¿Un milagro de amor?

MANON.

DE GRIEUX.

Que yo esperaba  
porque mi corazón no era de hielo.  
Sin saber el por qué sentía el vago anhelo  
de una extraña inquietud que me agitaba,  
y por más que quería no acertaba  
cuál era la razón de mi desvelo.  
Si cruzaba una plaza y en el aire dormido  
una fuente batía su plata en el pilón,  
mi corazón quedaba suspendido  
a escuchar no sabía qué canción.

Si las tapias floridas de un palacio  
volcaban el jardín sobre sus muros,  
mi corazón latía más despacio  
para oír no sabía qué conjuros.  
Si en la tarde bruñida de azogados espejos  
el sol segaba el cielo con sus hoces,  
mi corazón callaba para oír a lo lejos  
no sabía qué voces.  
¡No sabía qué voces! Hoy lo sabe mejor:  
las voces que de lejos me atraían  
y que fuentes y aromas repetían  
era una sola: amor.  
Vos me la revelasteis al llegar  
y el milagro de amor se ha realizado.  
Pedid mi vida. Os la daré de grado.  
Yo estoy a obedecer. Vos a mandar.  
No aspiro a tanto yo. ¿Cómo os llamáis?  
De Grioux.

MANON.  
DE GRIEUX.  
MANON.  
DE GRIEUX.  
MANON.

¡Rancia nobleza!  
¿Y vos?

Manon Lescaut.

(Pausa. *El la mira fijamente.*)

DE GRIEUX.

Decid lo que pensáis.  
¡Que cualquier nombre es bello cuando expresa  
[belleza!

MANON.

¡Muy gentil madrigal! Pero dejadme ahora.  
Mi acompañante viene. Volved luego.  
(*Le tiende la mano, que él besa.*)

DE GRIEUX.  
MANON.

¿No me engañáis?  
¿En qué?

¿Llama es de fuego

ese afán repentino que os devora  
o breve resplandor de vuestra audacia?  
¡Os juro...!

DE GRIEUX.  
MANON.

No juréis. Me basta veros.  
¡Tal vez sea una suerte conoceros  
y tal vez, para vos, una desgracia!  
(*Se separan. Vuelve el AYO.*)

AYO.

¡Ea! ¡Ya estoy aquí! Pedid posada.  
Todo está por las monjas prevenido,  
pero ya era muy tarde y no han podido  
admitiros. Iréis de madrugada.

MANON.

(*Para sí.*)

AYO.

¡La suerte nos protege!

¡Posadero!

(*Sale el HOSTELERO.*)

HOSTELERO.  
AYO.

¿Excelencia?

Entrad el equipaje  
y a la brasa poned medio cordero.  
¿Es mucho el apetito?

HOSTELERO.  
AYO.  
HOSTELERO.

Es largo el viaje.  
¡Y si se ha de dormir, cenar primero!

(*Entran los tres en la casa. De Grioux solo, pendiente de Manon, no advierte la vuelta de LUCIANO.*)

LUCIANO.  
DE GRIEUX.  
LUCIANO.

¿Qué miráis tan absorto?  
(*Sorprendido.*)

Nada.

¿Nada?

No es posible, De Grioux. ¿Por qué mentís?  
Tenéis un brillo extraño en la mirada.  
El corazón me dice que sufrís.

DE GRIEUX.

No es sufrimiento. Es gozo. ¡Es alegría!  
Es la revelación de un placer inefable;  
de un nuevo sentimiento inexplicable  
que me llena de fuerza y de energía.  
¡Todo me habla un lenguaje insospechado  
como si el mundo fuera recién hecho!  
¡Y no puedo saber quién ha causado  
tan viva conmoción en vuestro pecho?  
¿Una mujer, acaso? ¿Esa viajera?

LUCIANO.

DE GRIEUX.

(Gozoso.)

¿La visteis?

LUCIANO.

¡Responded!

(De Grioux calla.)

¿Os da rubor?

¡Oh, secretos designios del amor  
que todo lo alteráis de esta manera!

DE GRIEUX.

Mi vida se llenó de claridades,  
y el simple sortilegio  
de un momento de amor y de ansiedades  
me ha enseñado en su libro más verdades  
que diez años de estudio en el colegio.

LUCIANO.

¡Es mi predestinada! ¡Es la que espera  
mi corazón, ha tiempo apercibido!  
¡Basta, basta! ¡Callad! ¡Estáis perdido!

DE GRIEUX.

Sin duda os ha embrujado la hechicera.  
Para hacerme feliz,

LUCIANO.

El nuevo día

aplacará el delirio en que os halláis.

¡Vamos! ¡Vamos de aquí! ¡Veó que estáis  
más fuera de razón que yo creía!

(Se van. El HOSTELERO sale a recoger lo que  
hay sobre las mesas. Vuelve un grupo de ESTUDIAN-  
TES y SEMINARISTAS.)

ESTUD. 1.º

¡Hostelero!

SEMINAR. 1.º

Un aposento

donde podamos echar  
los dados sin que estorbar  
nos pueda nadie.

HOSTELERO.

Al momento.

Ya os tengo aquel reservado,  
señores.

(Se dirige al pabelloncito oculto entre las enreda-  
deras y abre.)

Podéis entrar.

Sólo os quisiera rogar  
que no gritéis demasiado.

ESTUD. 1.º

¡No, a fe!

SEMINAR. 2.º

No paséis cuidado.

SEMINAR. 1.º

¡Jugaremos sin chistar!

(Mutis de los Estudiantes. Se ha hecho de noche.  
El Hostelero enciende el farol del patio. Sale MANON.)

HOSTELERO.

¿Vos no cenáis?

MANON.

No. Prefiero

gozar de la noche aquí.

(Se sienta.)

¡Luna hermosa!

HOSTELERO.

Y no de enero.

(Ha terminado de encender el farol. Se dirige a la  
casa. Manon le llama.)

MANON.

¡Oíd, señor Hostelero!  
(*El Hostelero se acerca.*)  
¿Sois de fiar?

HOSTELERO.

Creo que sí.

MANON.

(*Bajando la voz.*)

Entonces, en la posada,  
pase lo que pase, vos  
ni visteis ni sabéis nada.  
¿Comprendéis?

HOSTELERO.

Gracias a Dios,

MANON.

(*Dándole un bolsillo y señalando a la puerta de la calle.*)

Pues tomad, y estad alerta.  
Esa puerta ha de quedar  
abierta esta noche.

HOSTELERO.

Abierta

la tendréis con empujar.

(*Para sí, yéndose.*)

¡La pájara va a volar!  
Haga Dios que al escapar  
no motive una reyerta  
y, por mí, franca la puerta:  
¡allá el otro al despertar!

(*Se va. Vuelve DE GRIEUX.*)

¡Manon!

DE GRIEUX.

¿Estáis decidido?

MANON.

DE GRIEUX.

MANON.

A todo. ¡A daros la vida!  
Hablad bajo, no hagáis ruido  
y hasta que yo no os la pida  
conservadla. A media noche,  
cuando en silencio esté todo,  
venid. Ya di con el modo  
de escapar. Tened un coche  
junto a la calleja oscura  
y esperadme.

¡Oh!

DE GRIEUX.

MANON.

Ya en París,

si antes no os arrepentís  
de semejante locura,  
nos casaremos.

DE GRIEUX.

(*Tratando de atraerla hacia sí.*)

¡Manon!

MANON.

¡Prudencia, no esté en acecho!  
Contened vuestra emoción.

DE GRIEUX.

¡Si es que, de gozo, en el pecho  
se va, en pedazos deshecho,  
a romper mi corazón!

MANON.

¡Poeta o loco!

(*Dando un paso hacia la casa.*)

¿Vendréis?

DE GRIEUX.

¿Aún lo dudáis, alma mía?

MANON.

Pues adiós, y no faltéis.

DE GRIEUX.

¡A las doce me tendréis  
en la calleja sombría!

(*Manon se va. De Grioux, solo.*)

¿Es ilusión o mujer?

¿Engañosa o verdadera?

¿Qué importa? ¡Aunque un sueño fuera,

la vida, por el placer  
de vivir esta quimera!

(Inicia el mutis, pero se abre una ventana. Es MANON, que le llama con sigilo.)

¡De Grioux!

¡Manon! ¿Todavía?

(Arrancándose la flor del pecho y arrojándosela después de besarla con todo el fuego de que ella es capaz.)

¡Para que os dé compañía!  
y en ella me recordéis!

¡Para que el sitio ocupéis  
que con la cruz defendía!

(Recoge la flor y la estrecha contra su corazón sobre la cruz de Malta. Sale el SEMINARISTA 1.º Al ver la escena llama sigilosamente a sus amigos.)

¡Eh! ¡Salid, por vida mía!

(Salen los demás ESTUDIANTES.)

¿Qué hay?

¡Mirad!

¿Una dama

con De Grioux?

Pues, ¿no decía

que en su pecho no ardería  
jamás la divina llama?

¡Ahí le tenéis!

¡Claudicó!

(Alto, a De Grioux.)

¡Albricias!

(Idem.)

¡La dama es bella!

(Rien todos. Entre sus risas se destaca la de la HECHICERA, que ha entrado sin ser vista.)

(Airado.)

¿Quién osa reírse?

¡Yo!

¡Mi horóscopo se empezó  
a cumplir!

(Señalando a Manon, que permanece en la ventana, sorprendida.)

¡Es ella! ¡Es ella!

(De Grioux, atónito. Los Estudiantes rien. Manon se retira de la ventana.)

T E L O N



## CUADRO SEGUNDO

*Un lindo camarín  
de estilo rococó,  
donde esconde París  
a De Grioux y a Manón.*

*Pocos muebles en él:  
un espejo, un sofá  
y, al gusto de Boucher,  
un breve paravent.*

DE GRIEUX.

(MANON y DE GRIEUX.)

¿Por qué sufres, Manon? Desde hace días  
no eres la misma que eras.  
Tus palabras, más cautas; tus caricias, más frías;  
en tus ojos profundos, más hondas las ojeras.  
No sufro. Si te tengo, ¿qué me puede afligir?  
Yo eso digo. ¡Gocemos con todos los sentidos!  
¡Amémonos, sin tregua, hasta morir!  
¡Tres semanas unidos  
y podría decir  
que no ha sido, en rigor,  
más que un sueño de horas, nuestro amor!  
¡Loco siempre!

MANON.

DE GRIEUX.

Por ti, que me enloqueces.  
¡Por ti, cuya sonrisa tiene más resplandor  
que la luz de aquel cielo al que oscureces!  
¡La vida te daría, como tú te mereces,  
y aun sería deudor!  
¡De Grioux!

MANON.



DE GRIEUX.

¡Mírame así, que yo te lea  
el menor pensamiento!  
¡Que no escape a mis ojos una idea!  
¡Que se abrasen mis labios en tu aliento!  
¡Te adoro tanto, tanto, y de tal modo,  
que me espanta querer tan ciegamente!  
Pero, ¿qué puedo hacer, si me lo has dado todo?  
¡Si yo he sido la sed y tú la fuente!

MANON.

Eso no. Destruí  
todo cuanto tu dicha aseguraba.  
Tu padre te adoraba;  
hoy padece por ti.  
¡De un porvenir risueño,  
de una vida ejemplar y provechosa,  
pasaste a un sueño loco!

DE GRIEUX.

MANON.

DE GRIEUX.

Pero, ¡qué dulce sueño!  
¡A una vida insegura!

Pero, ¡qué venturosa!  
Desde la noche aquella en que, en tus redes preso,  
escapamos de Amiens, ¡cuánto he gozado!  
¿Recuerdas, en la silla de postas, aquel beso  
que nos abrió las puertas del país encantado?  
¿Recuerdas la parada en San Denis?  
¿La noche en la hostería?  
¡Aquel era el país  
encantado, alma mía!  
¿Recuerdas el dosel que nos cubría  
y la gran sillería  
tapizada de gris?

A través de los vidrios de la ventana, huía  
la noche..., ¡y a lo lejos despertaba París!  
Nosotros despertábamos con él  
a una nueva existencia venturosa.

Reía, maliciosa,  
la hostelera, al mirarnos, y un tonel  
que en el zagüán su vientre vaciaba  
entre un ruidoso corro de soldados,  
parecía también que nos miraba  
igual que un postillón de carrillos hinchados.  
¡Desde entonces, Manon, en este nido  
que, ya en París, colgamos junto al Sena,  
con qué felicidad hemos sabido  
unir los eslabones de esta dulce cadena!

MANON.

DE GRIEUX.

MANON.

¡De esta dulce existencia que no podrá seguir!  
¿Por qué, Manon? ¿Qué tienes? ¿Qué miedo? ¿Qué  
que nos falten los medios para poder vivir. [temor?  
(Muy triste, luego de una pausa.)

¡Ya nos faltan!

DE GRIEUX.

¡Es cierto!

(Otra pausa. Resuelto.)

¡Desde ahora,  
buscaré ocupación! ¡Trabajaré!  
¡Huiré de tus brazos! ¡Dejaré  
esta molicie embriagadora  
y ganaré a tus ojos!

MANON.

Si no es eso,  
¡mi amor! ¡Si yo quisiera  
ser siempre para ti la compañera  
que aligerase el peso  
de tu vida! No carga que te diera

trabajo y pesadumbre. ¡Si te adoro  
con tan viva pasión que es mi tormento  
verte, por mí, arrastrados sin el menor decoro,  
en la corriente de mi aturdimiento!  
¡Si al saberte en peligro y al mirarte  
unido a mi desgracia de tal suerte,  
es tanto mi deseo de salvarte  
que me resignaría... hasta a perderte!  
¡Calla, calla, Manon! ¡Eso es la muerte!  
¿Para qué atormentarte?  
Mi padre ha de ceder.

DE GRIEUX.

MANON.  
DE GRIEUX.

Tu empeño es vano.  
Y si ablandan mis cartas, al fin, su corazón,  
nos casaremos con su aprobación.  
Jamás consentirá.

MANON.  
DE GRIEUX.

¡No habrá poder humano  
que separe a De Grioux de su Manon!

MANON.

(Para sí.)

¡Si él supiera, Dios mío!...

DE GRIEUX.

Hoy mi amigo Luciano  
salvará nuestro apuro del momento.

MANON.

(Contrariada y sorprendida.)

¿Luciano?

DE GRIEUX.

Voy a verle. Me acercaré al convento  
y nos dará su ayuda. Mas, ¿qué tienes? ¿Acaso  
te disgusta, Manon, que dé este paso?  
No es eso.

MANON.

DE GRIEUX.

MANON.

DE GRIEUX.

¿Pues entonces?...

Aprensiones...

Confía.

¡Yo no he de descansar,  
mi amor, hasta lograr  
que tu pena se trueque en alegría!

(Van a salir. Se oye dentro a LESCAUT y a LINA,  
que disputan.)

LINA.

LESCAUT.

¡Esperad que os anuncie!

Eso no reza

conmigo.

¿Quién?

Tu hermano.

MANON.

DE GRIEUX.

MANON.

(Para sí.)

¿Qué a destiempo ha venido!

(Entra LESCAUT persiguiendo a LINA, que le  
huye.)

LESCAUT.

que te ahorre trabajo.

¡Debías compensarme

LINA.

LESCAUT.

¡No tenéis juicio!

¡Cualidad de necios!

MANON.

LESCAUT.

(Se va Lina.)

¡Buen modo de llegar!

El indicado

para quien goza aquí de confianza.

(Inclinándose grotescamente.)

¡Caballero De Grioux, soy vuestro esclavo!

DE GRIEUX.

LESCAUT.

DE GRIEUX.

LESCAUT.

¿Venís de buen humor?

No tengo blanca.

Igual me pasa a mí.

¡Pues he llegado

en propia ocasión!



MANON. ¿Te dijo...?  
 LESCAUT. Que vendría. No dirás que no tienes en mí buen aliado.

MANON. Lo malo es que De Grioux va ahora en su busca  
 LESCAUT. ¡Dios haga no se encuentre con Luciano!  
 Si quieres—aun es tiempo— yo lo impido.  
 Corro tras él, le alcanzo,  
 le entretengo...  
 MANON. No. Déjalo.  
 LESCAUT. Mejor.

MANON. ¡Para como me pagas mis trabajos!...  
 LESCAUT. Te quejas sin motivo.  
 ¿Sin motivo?  
 Llego a ti confiado  
 en que podrás sacarme del apuro  
 de que te hablé y me hallo  
 con su carita lánguida, que el gesto  
 de su bolsa vacía está copiando.  
 Si es por eso tu encono, la comedia  
 puedes ahorrarte, hermano.  
 (Dándole un bolsillo.)  
 La cantidad que me pediste, tienes  
 aquí.  
 LESCAUT. (Cogiendo el bolsillo ávidamente.)  
 ¿De dónde lo has sacado?  
 MANON. (Con profunda amargura.)  
 ¡Poco debe importarte! Eso te prueba  
 que bien a pesar mío, habré de hacerte caso.  
 LESCAUT. ¡Si él supiera que tengo este dinero!  
 MANON. ¡No estaría a estas horas en mis manos!  
 LESCAUT. ¡Qué poco le conoces!  
 Hermanita!  
 ¡Eres mi Providencia! ¡Me has salvado!  
 ¡Eleva a tu De Grioux! ¡Ponle en la luna!  
 ¡Muy arriba! ¡Muy alto!  
 Pero una vez allí, no seas simple,  
 Manon, hazme a mí caso:  
 ¡Piensa en los triunfos que sin él te aguardan  
 y abandónale pronto en el espacio!  
 (Hace una pirueta y se va.)  
 MANON. (Sola.)  
 ¡Ay! Más pronto quizá  
 de lo que tú has pensado.  
 (Sale LINA.)  
 Señora...  
 LINA. Dime.  
 MANON. La modista espera.  
 LINA. Llegó hace unos instantes.  
 Pero aguardando a que con vos no hubiera  
 nadie, no quise prevenirnos antes.  
 MANON. Hiciste bien. Que pase.  
 MODISTA. (Lina hace pasar a LA MODISTA. Luego, se va.)  
 Señorita  
 Manon, ya está el vestido;  
 y por ver si algún toque necesita  
 yo misma os lo he traído.  
 Antes entré a enseñárselo al señor  
 Berton, vuestro vecino, que se muestra  
 muy ufano de ser el protector  
 de belleza tan grande cual la vuestra.

Que, pues él os lo envía, era muy justo  
saber si era el vestido de su gusto.  
¿Y él os dijo?

MANON.  
MODISTA.

Mirábalo encantado  
y luciendo ya en vos lo imaginaba,  
cuando vimos a vuestro enamorado  
que bajo los balcones del palacio pasaba.  
Y todo su afán fué  
entonces que al instante os lo trajera;  
pues no estando De Grioux  
no cabía el temor de que os comprometiera.

MANON.

(Contemplando el vestido.)

¡Hermoso traje!

MODISTA.

¿Os lo queréis probar?

MANON.

No deseo otra cosa.

(Se ocultan detrás del paravent. Este deja ver la  
cabeza y el busto de Manon. Ayudada por la Modista  
se cambia de traje, mientras hablan.)

MODISTA.

Pocos talles

con el vuestro se pueden comparar.

¡A lucirse en la corte de Versalles

más de una egregia flor le habría de envidiar!

MANON.

¡No me habléis de ese mundo donde nunca he de  
[entrar!]

¡Versalles! ¡La palabra que lo envenena todo!

¡Su perfume se extiende de tal modo

sobre París que, con su mago hechizo

de extraño encantamiento,

es como un bebedizo

que está en el aire y desparrama el viento!

MODISTA.

Es el perfume de las fiestas

que hace vivir un cuento

de las mil y una noche en las florestas.

MANON.

¡Fuera mi caballero

De Grioux Delfín de Francia y yo sería

en la corte el lucero

de más vivo fulgor!

MODISTA.

¡Dejad que ría!

¿Delfín vuestro De Grioux, y el pobrecillo

ni el carmín os podría

pagar de su bolsillo?

¡Ea, no penséis más, señora mía,

en ese infortunado estudiantillo!

MANON.

¡No toméis a De Grioux por un desarrapado!

¡Su padre es rico y noble! ¡En su país

tienen una casona y un condado!

MODISTA.

Pues allí está en su sitio y no en París.

Yo os deseo un galán más avispado.

MANON.

¡Extraña consejera! ¿Qué fines perseguís

con ello?... Mas, callad. ¡No había reparado!

¿Dónde vi vuestra cara antes de ahora?

MODISTA.

(Visiblemente turbada.)

Quizá me confundáis con otra.

MANON.

Puede ser.

¡Ah, sí! ¡Me recordáis a cierta vendedora

que en Amiens una tarde, tentadora,

me ofreció talismanes para hacerse querer!

(Han dejado el paravent. Manon se mira al espejo.)

MODISTA.

¿Y no se los quisisteis?

MANON.

Ni siquiera los vi.

Me sobran galanes.

MODISTA.

¿Y para qué mejores talismanes  
que unos ojos ardientes?

MANON.

Eso sí.

Bien supieron allí

su gran influjo en mi De Grioux probar.  
¿Cuando pienso que acaso he de dejar  
de verle, hoy mismo, y en que vive ajeno  
a que se han de trocar

las mieles en veneno,  
siento grandes deseos de llorar,  
y solamente a fuerza de pensar  
en su bien y en el mío, me sereno!

MODISTA.

Pues tenéis el remedio en vuestra mano.

Imponedle el tributo de ese amor  
a vuestro generoso protector.

Como a buen cortesano,

esa contribución no ha de extrañarle;  
pues, hombre de experiencia, habrá aprendido  
que a sus años forzoso es otorgarle  
un puesto subalterno al preferido.

¿Acaso el caballero,

tras no daros dinero,

os va a exigir también fidelidad?

Mejor es no tener tantos reparos

y confesarle a tiempo la verdad.

¿O creéis que, al saberlo, dejaría de amaros?

MANON.

¡Oh, no! ¡Por nada dejaría  
de quererme!

MODISTA.

Teniendo esa certeza...

MANON.

Pero su amor, entonces, perdería

lo más bello que tiene: su pureza.

MODISTA.

Entonces al señor Berton, vuestro vecino,

MANON.

¿qué le diré?

Que sí.

MODISTA.

Que agradezco sus galas y que el traje es divino.

MANON.

Pero, ¿que iréis?

MODISTA.

Mañana. Cuando salga de aquí  
mi De Grioux para siempre.

¿No os arrepentiréis?

Con el señor Berton de todo gozaréis:

joyas, trajes, criados... ¡Cuanto podáis soñar!

Y porque esta no es casa donde estéis con decoro

—arca bien miserable para tan gran tesoro—,

ha adquirido un palacio que os piensa regalar.

Manon, os lo aseguro: es el becerro de oro.

Maí hecho si de largo le dejarais pasar.

(Pausa.)

¿Os quito el traje?

MANON.

No. Dejadlo puesto.

MODISTA.

Quiero, si él vuelve, que me encuentre hermosa.

Pero si os ve con él es fuerte cosa.

Alguien ha de pagarlo, y, por supuesto,  
no siendo su dinero...

LINA.

(Entra LINA.)

Señora... Un caballero

desea hablar con vos.

MANON.

Tal vez sea el que espero.

Que pase.

(Se va Lina. Manon, aparte, para sí, mientras la  
Modista, comprendiendo que estorba, recoge su aceri-  
co, sus tijeras, etc.)

- ¡ Santo Dios !  
 ¡ Tu bondad infinita  
 me dé la fuerza que  
 mi alma necesita  
 para tenerme en pie !
- MODISTA.  
 Vaya, adiós. ¡ Pocos talles  
 se pueden con el vuestro comparar !  
 ¡ No olvidéis que en la corte de Versalles  
 pronto habéis de brillar !  
 (Se va. Entran LINA y LUCIANO.)
- LINA.  
 Podéis entrar sin miedo.  
 (Se va.)
- LUCIANO.  
 (Sin pasar de la puerta.)  
 Señorita,  
 (Una vacilación.)  
 ¿ No está De Grioux ?
- MANON.  
 Luciano... Bien llegado  
 a esta casa. Pasad.  
 (Pausa. Luciano avanza unos pasos tímidamente.)  
 Si os he llamado  
 es porque vuestro amigo os necesita.
- LUCIANO.  
 (Con extrañeza.)  
 ¿ Fuisteis vos ?...
- MANON.  
 Yo.
- LUCIANO.  
 ¿ No él ?...  
 (Luciano hace un movimiento de contrariedad y  
 retrocede un paso.)
- MANON.  
 (Deteniéndole.) Perdonad. Acudí  
 a esta vulgar estratagema  
 para que me escucharais. Sólo así  
 podría quebrantar la rigidez extrema  
 que tenéis para mí.
- LUCIANO.  
 (Dando otro paso hacia la puerta.)  
 Disculpádmeme.
- MANON.  
 Esperad. Un momento. Es preciso  
 que me escuchéis. De Grioux no ha de tardar  
 y antes de que regrese ha de quedar  
 sellado entre los dos un compromiso.
- LUCIANO.  
 ¿ Un compromiso ?  
 El de arrancarme el alma,  
 con vuestro apoyo, por salvar la suya ;  
 ya veis si es justo me escuchéis en calma  
 hasta que yo concluya.  
 Sentaos.  
 (Pausa. Se sientan.)
- LUCIANO.  
 Sabéis ya que a su padre escribió  
 De Grioux más de una vez, inútilmente.  
 Le hablaba de casaros.
- MANON.  
 Y a él, naturalmente,  
 la idea le aterró.
- LUCIANO.  
 Comprended...
- MANON.  
 Sí. Yo soy  
 la mujer peligrosa  
 que llevo la desgracia a donde voy.  
 ¿ Cómo podría hacer de mí su casta esposa ?  
 Después de haber huído con él, de haberle dado  
 mi amor y mi pureza,  
 ¿ cómo podía, ante el altar sagrado,  
 unirme al heredero de una rancia nobleza ?

Lo que el hijo pedía  
empañosaría el lustre de su cuna.  
¡Era mejor dejarles, sin salvación ninguna,  
en su triste abandono! La pobreza y el tedio  
matan pronto al amor con su cuchilla fría.  
Ella se perdería sin remedio;  
pero él se salvaría.  
Puede su padre estar tranquilo. Así será.  
¿Qué decís?

LUCIANO.  
MANON.

Nuestro idilio se acabó. Y no por é  
que ajeno a todo está,  
ni por mí: por la herida  
del destino cruel;  
porque se hace imposible para los dos la vida  
Y antes de serle infiel  
prefiero abandonarle.  
En bien suyo, es mejor.  
Hice escribir al conde para darle  
noticias de este amor,  
instándole a que venga prontamente  
a arrancar a su hijo de mi lado.  
¿Y el conde...?

LUCIANO.  
MANON.

Está en Paris. Sé que ha llegado.  
Temo que en esta casa se presente  
tal vez hoy mismo.

LUCIANO.

Entonces no comprendo  
lo que me toca hacer  
a mí, si estáis diciendo  
que se ha hecho todo ya.

MANON.

Debais comprender  
siendo de él tan amigo... De vos quiero un favor,  
algo que sólo puede lograr vuestra amistad  
y que el padre, con todo su rigor,  
no lograría.

LUCIANO.

Hablad.

MANON.

Podéis contar conmigo.

Su pasión

tan sólo tendrá cura  
si me cree perjura;  
otra cosa sería mantener su ilusión.  
Deseo que me olvide y que se cure  
de esta fiebre de amor que yo encendí.  
Mi destino, ¿qué importa? El suyo, sí.  
Que nuestro pacto de hoy se lo asegure.  
¿Qué he de hacer para ello?

LUCIANO.  
MANON.

Cuando vuelva De Grioux  
decidle que me fui, que le engañé,  
que me sedujo la ambición del oro...  
Podéis decirle todo, menos que  
diciéndolo lloré  
como me veis que lloro...  
Serenaos.

LUCIANO.  
MANON.

Decidle que le dejo  
atráfda del lujo y los placeres;  
que tengo un protector que es rico y viejo,  
y que soy la más vil de las mujeres...  
¡Pero no le digáis que en este instante,  
deshecha de dolor, bañada en llanto,  
por no serle una carga en adelante



me alejo de él porque le quiero tanto!  
¿Lo haréis?

LUCIANO.  
MANON.

¡Mucho pedís!

Yo no podría

por más que lo quisiera.  
¡Junto a él mi voluntad se desharia  
como junto a la llama se deshace la cera!  
Yo tampoco hallo el modo.  
Aunque tal vez...

LUCIANO.  
MANON.  
LUCIANO.

Decid.

Si le escribiriais... Es  
una forma de hablarle y de decirle todo  
sin que os cohiba su presencia...

MANON.  
LUCIANO.

Pues  
que así lo quereis, sea. Os obedezco. Espero  
que escribiendo esa carta que es mi propia sen-  
[tencia,

creeréis en mi amor y en mi inocencia  
y ganaré de vos mi galardón primero.  
Bien lo podéis creer.

LUCIANO.

(Pausa. Manon tira del cordón de la campanilla. Viene LINA.)

LINA.  
MANON.

¿Señora?

Cuando él venga le dices que no estoy, que he sa-  
Yo te daré una carta que a su hora [lido.  
le has de entregar.

LINA.  
MANON.

Muy bien.

(A Luciano.)

Ya habéis oído.

Vuestra firme amistad haga el resto, Luciano.  
Esperadle. No puede ya tardar.  
No le dejéis de vuestra mano.  
¡Oh, si ahora por vos me pudiese cambiar!

LINA.

(Manon se va.)

¡Una santa, señor!... ¡Un ángel puro!

LINA.

(Llaman.)

Voy a abrir... ¡Una pena  
que siendo él tan leal y ella tan buena,  
no tengan quien les saque de su apuro!

(Se va Lina. Pausa. Luciano inquieto. Entra el  
CONDE DE GRIEUX.)

CONDE.  
LUCIANO.  
CONDE.

¡Luciano!

¡Conde!

No esperaba

encontraros aquí.

LUCIANO.

Tampoco hace un instante yo pensaba  
que os hallaría.

CONDE.  
LUCIANO.

Entonces, ¿sabéis...?

Sí.

CONDE.  
LUCIANO.

¿Y me espera mi hijo?

El está ajeno a todo.

CONDE.

Respiro. Puesto que  
mi plan fracasaría sabiéndolo él.

LUCIANO.

De hijo.

CONDE.

Yo tan sólo lo sé.  
Según me han informado,  
se halla tan dominado,  
tan sujeto por esa  
mujerzuela fatal que le arrastró al pecado,

LUCIANO.

que sólo por la fuerza o la sorpresa conseguiré arrancarle de su lado. No será necesario. Hay algo que ha de hacer que a tal resolución no tengáis que acudir. ¿Y es...?

CONDE.  
LUCIANO.

Que le ha abandonado esa mala mujer. Que él aún no lo sabe y que ha de recibir fuerte golpe con ello.

CONDE.  
LUCIANO.

¿Es posible?  
Tenía  
que suceder.

CONDE.

Verdad.  
Y sin duda es mejor. Pues, para suerte mía, me ahorra ser cruel con él su crueldad.

DE GRIEUX.

(Pausa. Entra DE GRIEUX.)  
(Muy sorprendido, pero muy contento.)  
¡Padre!  
(A Luciano.)

¿Vos? ¿Eh? ¿Qué es esto?  
¿Qué fortuna me anuncia el corazón?  
¿Venís, por fin, a darnos el perdón?  
Vos, Luciano, sin duda, habéis dispuesto las cosas de este modo... Pero, ¿cómo no está con vosotros Manon?

(Al Conde.)

¿La visteis ya?  
Es la más razonable criatura  
y en todo igual que yo os acatará.  
Que venga a disfrutar de esta ventura  
ella también.

(Llamándola.)

¡Manon!

LUCIANO.

Espera.

CONDE.

No la llames.  
Primero  
deseo hablar contigo.

DE GRIEUX.

¡Y yo no quiero,  
padre mío, otra cosa! ¿Quién dijera  
que os tenía tan cerca y lo ignoraba!  
Pero dadme los brazos, padre mío.  
¿Que os abraza lo mismo que siempre os abrazaba!  
¿No queréis? ¿Por qué estáis tan inmóvil, tan  
¡Compartid mi alegría!  
¿Os produce extrañeza? ¡Es natural!  
¡Manon que me la dió! Va cada día  
brotando en el purísimo caudal  
de su cariño. Me enseñó, amorosa,  
a comprender la vida a su manera;  
lo mismo que ella es.

CONDE.

DE GRIEUX.

¡Falsa! ¡Engañosa!  
¿Qué decís, padre mío? ¿Qué rastrea  
calumnia os han contado? ¿Qué envidiosa  
mala lengua ha podido  
hacer que la juzguéis tan duramente?  
¿Falso el oro más puro que ha existido?  
¿Engañosa la flor más inocente?  
Hablad con ella y cuando hayáis oído  
su voz inmaculada;  
cuando hayáis visto el cielo en su mirada  
y en sus labios el alma sorprendido,

quedaréis convencido  
de que no la hay mejor ni más honrada.  
¡Calla! ¡Calla!

CONDE.  
LUCIANO.  
DE GRIEUX.  
LUCIANO.

Estás ciego.

¿Por qué? ¿Pues qué ha  
[pasado?

Manon os ha engañado.  
Quien tan nobles palabras os inspira  
tenía un protector y os ha dejado.

DE GRIEUX.

(Atónito, en un grito, cogiendo violentamente a Lu-  
ciano.)

¡Mentís!... ¡Eso es mentira!  
¡Engañarme, Manon?... ¡Quién la ha infamado?  
¡No infama la verdad!

CONDE.  
LUCIANO.  
DE GRIEUX.

Pregunta... Mira.

¿Engañarme Manon?... ¡Habéis soñado!  
(En una llamada de desesperación, iniciando su  
marcha hacia dentro.)

¡Manon! ¡Manon!... ¡Manon!

(LINA le corta el paso.)

LINA.

No la llaméis.

Hace rato ha salido.  
Dejó, al irse, esta carta.

DE GRIEUX

¿Que se ha ido?

¿Es posible?

LUCIANO.

Leed y lo sabréis.

(De Grioux rompe con mano temblorosa la envoltu-  
ra de la carta que le da Lina.)

DE GRIEUX.

(Leyendo.)

"De Grioux: Perdón ante todo  
si hoy te devuelvo tu amor  
con lágrimas de dolor  
y envuelto en pelias de lodo.  
Te quise. Te idolatré.  
Pero tanto frenesí  
puse en el bien que te di  
que en un día lo agoté.  
Y cuando agotada está  
para el sediento la fuente,  
sigue el camino y se va  
en busca de otra corriente.  
No te extrañe. Ya te dije  
que amo el lujo, y que, ambiciosa,  
sólo en el mundo me aflige  
no ser rica y poderosa.  
Y como en ti nunca espero  
ver cumplida mi ambición,  
perdóname, caballero  
De Grioux, si al irme te hiero  
con esta desilusión."

(Rompiendo en un sollozo.)

¡Padre!

CONDE.

¿Lo dudas aún?

¡Ven a mis brazos ahora!  
¡Ven a mis brazos y llora  
nuestra desgracia común!

(Quedan estrechamente unidos.)

DE GRIEUX.

¡Pero si no puede ser!  
¡Si lo acabo de leer  
y lo rechazo y lo niego!

LUCIANO.

CONDE.

¡Si lo que dice este pliego  
no ha podido suceder!  
Mi amistad os lo predijo  
y ella en su carta es sincera.  
¡Vuelve con los tuyos, hijo!  
Todo en la casa te espera  
pronto a aliviar tu dolor:  
la paz del campo; el calor  
de un hogar por ti deshecho;  
la ociosidad oportuna,  
y, envuelta en gasas de luna,  
la casta albura de un lecho  
que aun tiene candor de cuna.  
¡Vamos de aquí, donde, fiel  
a la misión que ha cumplido,  
todo trasciende a burdel  
con apariencias de nido!  
¡Vamos de aquí, que su huella  
en todo impresa dejó!  
¿Me perdonáis?

DE GRIEUX.

CONDE.

¿A ti?... ¡A ella,  
que fué la que te engañó!  
*(Insensiblemente le ha ido llevando hacia la puer-  
ta. Se van. Luciano los sigue a alguna distancia.  
Vuelve MANON. Parece extraviada.)*

MANON.

¿Qué es lo que hice? ¡No!  
¡No pensé lo que hacía!  
¡Una luz deslumbrante me cegó  
y ahora todo es negrura!  
*(Dirigiéndose a la pueria por donde ellos han sa-  
lido y llamando.)*

¡De Griëux! ¡Si to-  
fuera tiempo! [davía  
*(Va a salir, pero LUCIANO, como si acudiera a su  
llamada, se interpone.)*

LUCIANO.

MANON.

¡Callad!  
¡Que me he engañado!  
¡Que estoy arrepentida! ¡No es verdad lo que he  
¡No le dejéis marchar! [escrito!

LUCIANO.

MANON.

¡Ya se ha marchado!  
¿Es cierto? ¡Dios bendito!  
¡Mi De Griëux!

LUCIANO.

MANON.

Si es su bien. Vos misma lo dijisteis.  
¿Que yo lo dije?

LUCIANO.

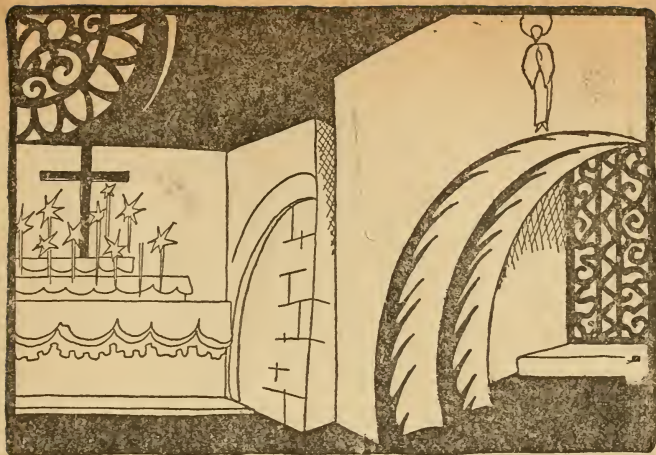
MANON.

LUCIANO.

MANON.

Sí.  
Pero vos ¿lo creísteis?...  
Sed juiciosa hasta el fin. ¿A qué ese llanto?  
¡Nunca creí que iba a dolerme tanto!

T E L O N



## ACTO SEGUNDO

### CUADRO TERCERO

*La sacristía de San Sulpicio.  
Bóvedas anchas... Tono severo.  
Entre dos cirios, un crucifijo  
sobre el damasco de un repostero.*

*Lo llena todo la imagen santa,  
grande, solemne, blanca, desnuda.  
Mira a los cielos ccongojada  
y es sangre roja lo que trasuda.*

*Filtra del templo los resplandores  
la transparencia de los vitrales.  
Y sobre el negro de los arcones  
brillan las tapas de los misales.*

*Grandes retablos... Dóricas puertas.  
De Servandoni la exuberancia...  
¡Y un paganismo donde se mezclan  
cirios y cuernos de la abundancia!*

DOS LEGOS. Es de noche.

LEGO 1.º

¿Es cierto, hermano lego?  
¿Los ojos no os engañan?  
Es cierto, os lo aseguro:  
¡desvanece mirarlas!

LEGO 2.º

Yo a eso llamo mujeres;  
no a brujas y beatas.

LEGO 1.º

LEGO 2.º                    ¡Jamás se han confundido  
                                 la lechuza y la garza!  
                                 ¡Son marquesas ilustres!  
                                 ¡Son grandes cortesanas!  
                                 ¡Pero todas hermosas  
                                 y todas regaladas!  
LEGO 1.º                    ¡Ojalá que lo fuesen!  
                                 Yo el regalo aceptaba.

LEGO 2.º                    ¿Y vos?  
(Escandalizado.)

                                 Nómine Páter!  
                                 ¡Qué impiedad y qué audacia!  
                                 Esas cosas, hermano,  
                                 si se piensan, se callan.  
LEGO 1.º                    El hecho es que la iglesia  
                                 reluce como un ascua  
                                 y que nunca se ha visto  
                                 tal concurso de damas.

LEGO 2.º                    ¡La fama del abate!  
                                 Las atrae su palabra.  
LEGO 1.º                    ¡Su palabra o la historia  
                                 de amor que se le achaca?

LEGO 2.º                    No seáis malicioso.

LEGO 1.º                    Se asegura...  
LEGO 2.º                    ¡Patrañas!

                                 Pongamos que es su pico  
                                 de oro el que las gana,  
                                 y piense cada uno  
                                 después lo que le plazca.

LEGO 1.º                    Por algo su eminencia,  
                                 que es persona sensata,  
                                 mandó que para el acto  
                                 de esta tarde se alzarán  
                                 encima del trascoro  
                                 tribunas reservadas.

LEGO 2.º                    Pues con sus celosías  
                                 y sus rejas de plata,  
                                 no tribunas, parecen  
                                 más bien, hermano, jaulas.  
LEGO 1.º                    Tal vez no os engañéis.

                                 Su eminencia con cauta  
                                 previsión, sospechó  
                                 que hoy tendríamos pájaras.  
LEGO 2.º                    ¡Qué escándalo, Dios mío!

                                 ¡La tribuna sagrada  
                                 atrayendo al pecado  
                                 con frágiles falacias!

(Se van. Salen LUCIANO en traje religioso y un  
MONJE TRINITARIO.)

LUCIANO.                    Os digo, hermano, que el abate  
                                 sobre su espíritu en combate  
                                 logró triunfar;  
                                 y nunca tuvo San Sulpicio  
                                 bajo sus aulas un novicio  
                                 tan ejemplar.

                                 Extrema el celo y se desvela;  
                                 cumple el ayuno y se flagela  
                                 como un placer;  
                                 mortificarse es su alegría.

y se le ve día por día  
enflaquecer.  
Le temerán los jansenistas,  
pues por los cuatro Evangelistas,  
lleno de gracia y de fervor,  
con ortodoxia irreprochable,  
de su doctrina hará palpable  
todo el error.  
Hoy su palabra es un arpegio;  
un ruiñeñor que en el colegio  
rompe a cantar;  
le dió su fe Savonarola;  
le dió su ciencia el de Loyola,  
y le enseñó el de Asís a amar.  
Aunque exaltado y visionario,  
es el blasón del seminario:  
su flor de lis.  
Y ocupará rápidamente,  
si su humildad se lo consiente,  
la Sede ilustre de París.  
Pasad a oírle... Ya me tarda.  
Que no es el triunfo que le aguarda  
lo que motiva mi emoción;  
sino saber que se ha salvado  
y que venciendo del pecado  
logró la paz del corazón.

*(Han cruzado la escena. Se va el trinitario. Pausa.  
Luciano escucha, en arrobamiento, hacia el templo.  
Luego murmura para sí:)*

¡Ya oigo su voz!... Su voz, más pura  
que la sagrada investidura  
y que el cordero de San Juan.  
¡Brille en el púlpito su genio,  
como entre llamas Eugenio,  
y bajo flechas Sebastián!

*(Sale el CONDE DE GRIEUX.)*

Padre Luciano...

*(Sorprendido.)*

¿Vos? Pues ¿no queréis

oírle?

No podría  
soportar la emoción. Vos, que sabéis  
cuán venturoso es para mí este día,  
harto comprenderéis  
que me falte valor.

¿Por qué? ¿No estáis seguro  
de su arrepentimiento?

Vuestro hijo es ejemplo de santidad.

¡Fué impuro!

Mas hoy su pensamiento  
limpio está de impurezas.

Si así fuese

¿qué dichoso me haría!  
Pero mucho me temo, aunque nos pese,  
que recuerde a la ingrata todavía.

Tranquilizaos. Exploré su alma.  
Temiendo que esta calma  
fuera sólo aparente,

CONDE.

avivé sus recuerdos hablándole de ella y os puedo asegurar que, venturosamente, de aquel insano amor no quedó huella. Con todo. Desconfío.

Pues sí, dejando el templo, vine aquí fué porque hubo un instante en que temí al verle en un extraño desvarío, que ella estuviese allí y que la hubiera visto. Fué un momento, un relámpago apenas. El hablaba con esa voz de inconfundible acento que de bóveda en bóveda cantaba más que sonar. En gran recogimiento, deslumbrante de mármoles y oros, la nave de la iglesia relucía, como una carabela cargada de tesoros, bajo la luminosa sinfonía que el temblor de los cirios encendía en lámparas y altares. La multitud, suspensa, —arcos, las almas de ballesta tensa—, entre un bosque de arcadas y pilares, clavaba sus miradas en mi hijo. El, tranquilo, sereno, lleno de unción y de elocuencia lleno, el pensamiento en la palabra fijo, dejaba errar los ojos al azar. Pero de pronto los clavó medroso no sé en quién, no sé en dónde. Se le vió vacilar y, pálido, transido, tembloroso, los labios entornar implorando la ayuda del Todopoderoso. ¿Fué una alucinación? Yo no lo sé. Se rehizo en seguida y, repentino, como quien duda y recobró la fe, volvió a hablarnos de amor.

LUCIANO.  
CONDE.

¡De amor divino!  
;Hasta el tema me asusta! Y lo curioso fué que hacia donde él miraba, por más que yo miré, os puedo asegurar que ella no estaba. Había, sí, severa, de extraña y enigmática expresión, una dama enlutada en un rincón.

LUCIANO.

;Quizá fuera el demonio, pero Manon no era!  
;No evoquéis tales cosas en la santa mansión!  
Una alucinación la padece cualquiera, y no me extrañaría que todo, conde, fuera de la misma emoción. Pero aquí vuelve ya. La fiesta acaba. Mirad cómo triunfó del desvarío y observad el gentío que le sigue y le alaba.

(Sale DE GRIEUX. En pos de él, DAMAS y CABALLEROS que le adulan.)

DAMA 1.<sup>a</sup>  
DAMA 2.<sup>a</sup>  
DAMA 3.<sup>a</sup>  
CABALL. 1.<sup>o</sup>

¡Qué asombro!

¡Qué portento!

¡Un genio!

¡Graba



cuanto dice!

¡Lo esculpe!

¡Padre mío!

CABALL. 2.º  
DE GRIEUX.

(Pausa. El Conde y él se abrazan. A su amigo:)

¡Luciano!

(Se abrazan también. Sale el LEGO 1.º)

LEGO 1.º

(Anunciando:)

¡Su eminencia

el Cardenal Fleury!

DAMA 1.ª

(A la Dama 2.ª)

No viene solo.

Le acompaña la reina.

(Gran revuelo. Entran LA REINA, FLEURY y cortejo de palatinos y religiosos.)

FLEURY.

DE GRIEUX.

Abate...

¡Cardenal!...

(Le besa el anillo. A La Reina:)

¡Señora!...

(Se arrodilla y la besa la mano.)

FLEURY.

(A De Grioux padre:)

Conde...

(El Conde se acerca y pone sus labios en la piedra episcopal.)

LA REINA.

(A De Grioux hijo:)

Me tenéis suspensa.

FLEURY.

(Al Conde.)

Estaréis satisfecho.

LA REINA.

(A De Grioux:)

¡Con razón

os llaman el David de nuestra iglesia!

¡Casi un mancebo y vuestra fama ya

corre de boca en boca! La realeza

se ha querido asociar a vuestra gloria,

que entiendo es gloria de la Francia entera.

(Al Conde:)

Llegaos, Conde, y aceptad del rey

en mi humilde persona la presencia.

¡Tenéis en vuestro hijo

el heredero de Bossuet!

CONDE.

¡Oh, reina!

(Se inclina y la besa la mano. Pausa.)

LA REINA.

(Llevándose aparte al Cardenal:)

Decíme, cardenal:

¿es cierto lo que cuentan

del abate?

FLEURY

¡Esa historia

de amor?

LA REINA.

Siento impaciencia

por conocerla y por saber detalles.

FLEURY.

Punto por punto los tndréis. Más queda

primero, si os parece,

repongamos las fuerzas.

(A los invitados.)

Pasad, señores, al salón contiguo.

Un frugal refrigerio nos espera.

LA REINA.

(Al Conde:)

Dadme el brazo, De Grioux.

(El obedece. Todos abren paso. Vanse La Reina y el Conde.)

FLEURY.

(A De Grioux:)

¿Vos no venis?

DE GRIEUX.

Yo, monseñor, si se me da licencia, más deseo quedarne. Cumplo ayuno y estoy tan fatigado de la fiesta que, a no ser para todos un desaire, quiero estar solo.

FLEURY.

A vuestro gusto sea.

Hoy en todo mandáis.

(*Se va Fleury. Los demás le siguen.*)

CABALL. 1.º

(*Al caballero 2.º, haciendo mutis.*)

; A nadie of

que aventaje al abate en elocuencia!

(*Quedan solos Luciano y De Grioux.*)

DE GRIEUX.

(*Con muestras de agitación.*)

LUCIANO.

; Luciano, no os vayáis! Deseo hablaros.

Yo también. ¿Qué os sucede? ¿Por qué esa

turbación que advertí desde que entrasteis?

¿Por qué esa extraña palidez de cera?

Me dijo vuestro padre que a mitad

del ejercicio, cuando más atenta

la multitud estaba, os vió dudar

y os vió palidecer cual si os hubierais

turbado de improviso.

DE GRIEUX.

Sí, Luciano.

No os engañó mi padre. Mi entereza

me ayudó a reponerme, no sé cómo;

Dios que vino en mi ayuda. Pero llena

de temblores mi voz, confusas mis ideas,

el resto del sermón precipité

para dejar el púlpito y volver a mi celda

cuanto antes. ; La he visto!

LUCIANO.

; A quién?

DE GRIEUX.

; Marmórea, quieta!

; Con sus ojos clavados en los míos!

; Con su mueca siniestra!

Pero, ¿a quién? ; Acabad!

LUCIANO.

; A esa mujer!

DE GRIEUX.

; Santo Cielo! ; A Manon?

LUCIANO.

; A la hechicera!

DE GRIEUX.

; Respiro!

DE GRIEUX.

; No os ríais!

; No se me olvida la expresión aquella!

; La que un día en Amiens

me dijo el porvenir, sobre la piedra

de una columna blanca, resaltaba,

toda enlutada, como el ave negra

de los presagios!

LUCIANO.

; Os castigue el cielo

si seguís ante Dios hablando de ella!

Vos, De Grioux, tan cristiano y piadoso,

el astro nuevo de la Santa Iglesia,

sufriendo semejantes desvarios.

; No es posible tal cosa!

DE GRIEUX.

(*Gritando como un alucinado.*)

; Vedlo! ; Es ella!

(*La DAMA ENLUTADA ha entrado. Siguela un grupo de bellas y elegantes FELIGRESAS. ELLA trae el rostro cubierto.*)

LA ENLUT.

Somos un grupo de devotas fieles

que, emocionadas todas y suspensas

de la palabra del abate, osamos

rogarle nos consienta  
besar su mano y suplicar nos eche  
su santa bendición.

LUCIANO.

Gracias son esas  
a que no ha de negarse.  
(Pausa. Todos esperan. De Grioux, inmóvil.)  
¿Habéis oído?

(Otra pausa.)

¿No merecemos ese honor?

¿Qué espera?

FELIG. 1.<sup>a</sup>

FELIG. 2.<sup>a</sup>

DE GRIEUX.

(Haciendo un gran esfuerzo.)

Avanzad.

(Tiene la mano sin mirarla. Las damas se inclinan y una tras otra van poniendo sus labios en ella con graciosa reverencia. No así la Dama Enlutada, que va retrocediendo lentamente hasta escapar sin que la vean. En cambio, entre las últimas hay una, tapada también, que da muestras de viva emoción al llegarle su turno. Así que han acabado las mujeres De Grioux las bendice.)

En el nombre

del Padre, yo os bendigo! Y por si intenta  
el Malo refugiarse entre vosotras,  
sea la Santa Cruz vuestra defensa!

(Toma en sus manos la cruz que lleva al pecho y la alza solemnemente sobre las mujeres, que permanecen arrodilladas. Es ahora, ante el conjuro de la cruz, cuando desaparece La Enlutada.)

LUCIANO.

Pasad aquí, señoras.

Aun a tiempo llegáis de que os ofrezca  
su refacción el templo.

(Feligresas 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> haciendo mutis.)

¡Santo!

¡Santo!

¡Gracias, gracias, Dios mío! ¡No era ellal

(Vanse todos menos la misteriosa tapada, que procura rezagarse hasta quedarse sola con De Grioux.)

(Advirtiendo su presencia.)

Y vos, ¿por qué no vais?

EILA.

¡Querría hablaros

en confesión!

DE GRIEUX.

(Sobresaltado, al reconocerla en la voz.)

¡Dios mío!

(Pausa. Sin mirarla, haciéndose fuerte.)

Ni puedo confesaros,

porque mi rango aun no lo consiente,

ni es hora, ni es lugar. Volved mañana.

En la iglesia hallaréis quien santamente

os oiga y dé la bendición, hermana.

Sois vos, y nadie más, el que yo quiero

que me escuche.

MANON.

DE GRIEUX.

MANON.

¡Imposible! ¡Os lo repito!

¡Por caridad, De Grioux! Ved que me muero  
si no me devolvéis la paz que necesito!

DE GRIEUX.

¡Pedidla y la hallaréis! Si se le ruega  
con sincero fervor, Dios la da. El solo puede.

MANON.

¡Ha tiempo se la pido y me la niega!

DE GRIEUX.

¡No la mereceréis cuando no os la concede!

MANON.

No la merezco, no. Pero ha pagado

mi corazón sus culpas con altura.

DE GRIEUX.

¡El corazón! ¿Qué es eso? ¿Qué montón de basura,  
qué charco encenagado,

para justificar la desventura  
de tu carne mortal, has invocado?  
¿El corazón? ¿Mentira, traición  
y liviandad impura!  
¿Eso es el corazón!  
¿Despierta de tu sueño, criatura!  
¿No hay más que una verdad: Dios, en la altura!  
Lo demás, perdición.  
Pero, ¿sabes quién soy?

MANON.  
DE GRIEUX.

¿No! ¿Ni lo digas!

Una oveja que va descarriada.

MANON.  
DE GRIEUX.

¿Mi nombre?...

¿Cállalo! ¿No quiero saber nada!

El mundo ya no existe para mí. Si me obligas  
a recordar historias que olvidé  
no enturbiarás, por eso, la luz de mis verdades.  
Mujer... No sé quién eres, pero sé  
que el mundo es vanidad de vanidades.  
¿Y tú?...

MANON.  
DE GRIEUX.

Cosa distinta de aquel desventurado  
que corría detrás de los placeres.

La oración y el ayuno me han curado.

Soy alma. No materia. Así, no esperes  
torcer mi fervorosa vocación

con tu voz de sirena.

¡Vete! ¡Vete, fingida Magdalena!

¿No manches la pureza de este santo rincón!

La cruz entre mis manos fuertemente apretada

y entre los dos, allí, por testimonio,

Dios no consentirá que en la mansión sagrada  
triunfen los artilugios del demonio!

*(Apretando la cruz contra su pecho, alza los ojos al  
cielo en actitud suplicante.)*

MANON.

¿Pobre abate De Grieux! Si así defiendes  
el frágil parapeto donde tu amor se encierra,  
es que no estás seguro y que comprendes  
que una súplica mía te lo echará por tierra.

*(Se acerca a él y se descubre resueltamente el rostro.)*

Soy Manon. ¿Tu Manon!

DE GRIEUX.  
MANON.

¡Aparta!

¡Nunca!

¿Soy Manon, que te adora todavía!

Soy la fuerza que trunca

tu existencia otra vez, porque tu vida es mía.

¿Mía! ¿Mía! De Dios tus oraciones,

tus rezos, tus fantasmas en acoso,

tus mortificaciones;

pero míos tu amor y tus pasiones:

¿todo cuanto te supo hacer dichoso!

DE GRIEUX.

¡Calla! ¡Calla! ¡Reporta

tus palabras o haré

que te arrojen del templo!

MANON.

¿Y qué me importa?

¿Manda que se me mate y moriré!

Viví desvanecida en una nube

de vanidad y de riqueza.

Después que te dejé todo lo tuve.

¿Pero qué gran error,

qué gran torpeza!

Cuanto más aumentaba mi esplendor

y era más mi grandeza,

¡ notaba más la falta de tu amor  
y ecliaba más de menos tu pureza!  
¿Qué es esto, di, tan grande y tan pequeño,  
que es nada, al parecer, y es toda nuestra vida?  
Unos días de amarnos... Casi un sueño...  
Años para olvidarlo... ¡y no se olvida!

*(El va a hablar, Ella no le deja.)*

No. No se olvida, no. Yo no te olvido.  
Tú también lo quisiste y no has podido.  
El que olvida no busca la clausura.  
Busca nuevos placeres.  
Si una mujer le engaña, otras mujeres.  
Y tú, para llorar tu desventura,  
te refugiaste aquí... ¡porque me quieres!  
Tú mismo te engañabas.  
Como el enfermo que al soñar delira,  
y no ve donde mira  
si no aquello que engendra su locura,  
allí donde ponías los ojos me encontrabas.  
¡Y hasta la imagen pura  
del altar era yo, cuando rezabas!  
¡Oh, calla, por piedad!

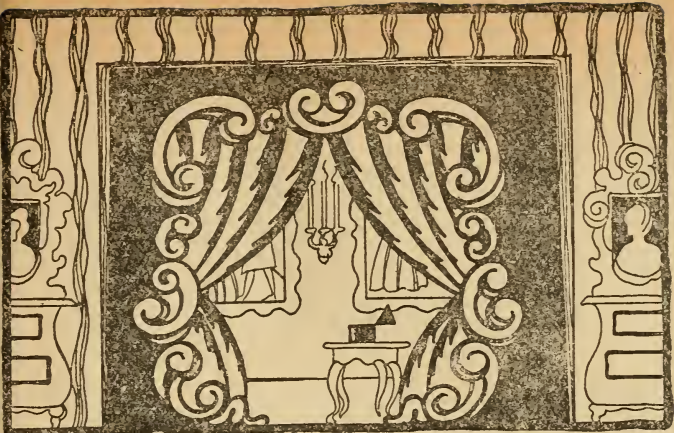
DE GRIEUX.  
MANON.

¡Dime que es cierto!  
Que en tus horas de estudio y de aflicción,  
entre las hojas de tu libro abierto,  
coronada de rosas de tu huerto,  
me veías pasar por tu imaginación.  
¡Que en el coro, en la iglesia, en el paseo,  
bajo el sol luminoso o en la noche sombría,  
llamada sin cesar por tu deseo,  
tu afán de enamorado me veía!  
¡Como yo te veía, a todas horas,  
en el aturdimiento de las fiestas,  
en el aire, en la luz, en las florestas  
de cuajado perfume embriagadoras,  
y en mi lecho de amor vacío y triste  
desde que tú te fuiste  
y contigo tus dulces caricias seductoras!  
Ahora mismo, al mirarte  
de la tribuna por la celosía;  
al verte nuevamente; al escucharte  
hablar de amor divino,  
con esa voz que el templo estremecía  
como estremece la espesura un trino;  
al ver como los fieles te escuchaban  
con el fervor que a un santo,  
y sumidos en éxtasis lloraban  
el más sublime y deleitoso llanto,  
sentí deseos de gritar: ¡Mentira!  
¡Todo eso que dice del amor,  
ese manso dolor  
y ese dulzor con que a los cielos mira,  
lo ha aprendido en mis brazos, al calor  
de una boca de fuego que aun su aliento respira!  
¿No me ves cómo sufro? ¿Qué deseas?  
¡Manon! ¿A qué has venido?  
¡A llevarte de nuevo y a que seas  
tan feliz como has sido!  
¡A romper estos lazos  
que tú mismo has tejido!

DE GRIEUX.  
MANON.

- DE GRIEUX. ¡A que caigas de nuevo entre mis brazos  
 y vivas otra vez lo que has vivido!  
 MANON. ¡Manon!  
 DE GRIEUX. ¡Mírame bien! ¡No ves que lloro?  
 DE GRIEUX. ¡Quieres mi perdición?  
 MANON. *(En un grito de amor.)* ¡Quiero tus besos!  
 DE GRIEUX. *(Como electrizado.)*  
 MANON. ¡Alma mía!  
 DE GRIEUX. ¡De Grioux!  
*(Fué una doble exclamación. Un frenesí. Sus labios se han juntado y permanecen largamente unidos. Empiezan a sonar las trompetas del órgano. Su voz sobrecoge a De Grioux como si le acusara. Sus brazos se sueltan y sus bocas se separan.)*  
 DE GRIEUX. ¡Dios santo! ¡El coro!  
 DE GRIEUX. ¡Manon! ¡Me acusan esos  
 dulces sonos del órgano sagrado!  
 MANON. “¡Irreverencia!”, gritan, “¡Sacrilegio!”  
 DE GRIEUX. ¿Y qué te importa ya? ¡Deja el colegio!  
 DE GRIEUX. ¡La vida nuevamente te ha ganado!  
 DE GRIEUX. ¡Ven! ¡Huyamos!  
 DE GRIEUX. *(Mirando al crucifijo del altar como un alucinado.)*  
 DE GRIEUX. ¡Oh, sí! ¡Sufrir no puedo  
 esa mirada llena  
 de acusaciones!  
 MANON. ¡Ven! ¡No tengas miedo!  
*(Llevándole en triunfo hacia la puerta.)*  
 DE GRIEUX. ¡Un día más en tu reloj de arena!  
 DE GRIEUX. ¡Pero un día de amor, de gloria y poesía!  
 DE GRIEUX. ¿Qué importa si tu alma se condena  
 toda una eternidad por este día?  
*(Se van. La DAMA ENLUTADA, que habrá surgido en aquel instante, los mira desaparecer con una diabólica sonrisa de triunfo. En el salón vecino algunas risas. Ataca el órgano con brío.)*

TELON



## CUADRO CUARTO

*Salón lujoso. Gran  
 ajuar de tapices  
 y de alfombras que están  
 encendidas y dan  
 profusión de matices  
 a los "paneaux" orlados,  
 plafones y pechinas.  
 Sevres policromados,  
 Watteaux y Colombinas.  
 Cornucopias talladas,  
 candelabros de cobre  
 y porcelanas sobre  
 las consolas doradas.  
 Y, en fin, la pompa vana  
 ostentosa y brillante  
 de que, en todo, se ufana  
 el retiro galante  
 de una gran cortesana.*

*(MANON y el MARQUES junto a una mesa cargada  
 de alhajas y dinero.)*

MARQUES.

Aquí tenéis lo ofrecido:  
 perlas, rubíes, corales...,  
 y este aderezo que ciega  
 con la luz de sus diamantes.  
 Mirad. ¡Ni en Golconda misma  
 se dió fulgor semejante!  
 ¡Collar de reina, marqués!  
 ¡Nunca ví piedras iguales!

MANON.

Ponedlo vos mismo. Es justo que de algún modo os lo pague.

MARQUES.

(Poniéndola el collar.)

Tratar de ceñir, Manon, vuestro cuello con diamantes, es igual que entre luceros querer apresar el aire.

MANON.

Cumplida galantería

MARQUES.

¿Qué miráis? ¿Aun no acabasteis?

Pensaba cómo es posible

lo que no acierto a explicarme:

que siendo estos hombres nieve

estén mis dedos quemándose.

Basta de lisonjas.

MANON.

MARQUES.

Basta, pues lo queréis. Mas no baste de ofrecimientos.

(Abriendo uno de los saquitos que contienen el dinero.)

Mirad.

MANON.

¿Oro?

MARQUES.

Cuando se os acabe tendréis más. ¡Diez mil escudos!

Una fortuna.

MANON.

MARQUES.

No vale

lo que una mirada vuestra.

Tantas liberalidades

saben, marqués, poco a poco

ir mi voluntad ganándose.

Me ofrecéis este palacio

donde no hay lujo que falte;

me ponéis coche a la puerta;

guardia de honor en la calle;

me dais en Palacio entrada

y acceso libre en Versailles;

hacéis que al fin realizado

vea mi sueño más grande

y por si era poco, aún

extremáis vuestras bondades.

¡Duro corazón sería

si el mío no se ablandase!

MARQUES.

Espero que no volváis

a las ligerezas de antes;

que os conduzcáis seriamente

procurando, si no amarme,

no ponerme en situación

que en público me desaire.

Marqués...

MANON.

MARQUES.

Jugasteis conmigo

como se juega al volante

con flecha de plumas.

MANON.

¡Pobre

marqués! Ya en amor se sabe:

cuanto más cuesta ganarlo

mejor se logra más tarde.

MARQUES.

Sí. Pero, ¿De Grioux...?

MANON.

¡De Grioux!

No temáis. El nada sabe

y aquello acabó.

MARQUES.

Acabó

como otras veces. No en balde



MANON. fué vuestro amor verdadero  
 y a un convento le arrancasteis.  
 Para vivir una vida  
 de incertidumbres y azares.  
 Pero de amor.  
 Eso sí:  
 de amor. ¡De amor inefable!  
 ;Seis meses largos que han sido  
 no seis meses, un instante!  
 No hablemos de esto, marqués.  
 Yo he cumplido, abandonándole,  
 lo que os prometí.  
 Y yo os ruego,  
 si algo mis súplicas valen,  
 que sea definitivo  
 ese abandono.  
 Lo es. Dadle  
 por muerto en mi corazón  
 empezando a reemplazarle.  
 (Pausa.)  
 ;Marqués, la joya es divina  
 y de un gusto imponderable!  
 ;Estáis satisfecha?  
 Estoy.  
 ;Acaso en el mundo cabe  
 mayor fortuna?  
 Un amor.  
 ;Vaya con Dios! Los diamantes  
 dan gozo y no hacen sufrir  
 como él. Frente a estos encajes,  
 frente a esta vida de fausto,  
 marqués, el amor ¿qué vale?  
 (La CONDESA entrando, seguida de LESCAUT.)  
 Me gusta que habléis así.  
 ;Vos?  
 ;Condesa...?  
 (Se saludan.)  
 No queremos  
 estorbar...  
 ;Hermana...?  
 (A la Condesa.)  
 Nunca.  
 ;Marqués...?  
 (Saludándole.)  
 ;Lescaut...?  
 (A Manon, por el collar.)  
 A lo que veo,  
 vais a consumir las minas  
 del Brasil. ;Regio aderezo!  
 Marqués, ;sois encantador!  
 ;Verdad?  
 ;De gusto y de precio!  
 ;Así tenéis a Manon  
 tan vuestra!  
 (Mostrándole las joyas de la mesa.)  
 Ved.  
 ;Santo cielo!  
 ;Un despilfarro!  
 ;Un derroche!

Mirad, Lescaut.  
*(Acercándose.)*

LESCAUT. ; Qué portento!  
 CONDESA. ; Todas para ella?  
 MANON. Todas.  
 MARQUES. Todas para ella.  
 MANON. A menos  
 que vos queráis conservar  
 esta presea, en recuerdo  
 de vuestros buenos oficios  
 para con nosotros.  
*(La da un brazalete.)*

CONDESA. Quiero.  
 No es la joya, siendo mucho,  
 lo que estimo más en esto,  
 sino el saber que por mí  
 que tanto afán puse en ello,  
 habéis llegado, marqués,  
 a ser de Manon el dueño.  
 ; Digo bien, Lescaut?

LESCAUT. Decís  
 más verdad que un libro abierto.  
 CONDESA. ; Ibáis a salir?  
 MANON. No ahora.  
 MARQUES. Luego, más tarde.  
 MANON. Tenemos  
 palco en la Opera. Vos  
 ; vendréis con nosotros?

CONDESA. Pero  
 ; no importunaré...?

MARQUES. Jamás.  
 MANON. *(Aparte a la Condesa.)*  
 Me hacéis un favor inmenso.  
 Así me libráis de estar  
 a solas con él más tiempo.

CONDESA. *(Bajo, a Manon.)*  
 Decidle a Lescaut que vaya  
 conmigo de caballero.  
 MANON. También vos, hermano, ; iréis?  
 LESCAUT. ; Yo...?

MARQUES. Dejad por hoy el juego  
 y el Hotel de Transilvania.  
 LESCAUT. Si vos lo mandáis...  
 CONDESA. ; Bien hecho!

MARQUES. *(A Lescaut.)*  
 Y mientras llega la hora  
 venid conmigo. Dejemos  
 que hablen las damas. Tendrán,  
 como todas, sus secretos  
 que contarse y entre tanto,  
 nosotros dos jugaremos  
 nuestra partida diaria.  
 Como gustéis, hoy es debo  
 el desquite.

LESCAUT. ; Ayer ganasteis...?

MARQUES. Mil escudos.  
 LESCAUT. Pues empiezo  
 poniendo otros mil de entrada.  
 MARQUES. ; Cuidado!

LESCAUT. Sé que los pierdo,  
 MARQUES.

mas no importa.

CONDESA.  
MARQUES.

¡Este Lescout...!

Tiene suerte. Voy creyendo  
que ha marcado la baraja  
o hace trampas en el juego.

(Se ríe.)

Pues no os dejéis engañar.  
Así me fijo y aprendo.  
Condesa, hasta luego.

CONDESA.  
MARQUES.

Adiós.

Manon...

Marqués, hasta luego.

(Se van Lescout y el Marqués.)

¿Será verdad que mi hermano  
juega con ventaja?

MANON.

CONDESA.

Sí.

Ya lo sabéis.

MANON.  
CONDESA.

Pero, ¿aquí?

¿Por qué no? Sí, mano a mano,  
va su bolsa proveyendo...

MANON.  
CONDESA.

¡Pobre marqués!

Lo importante

es irnos enriqueciendo.

MANON.

¡Pero esta vida galante,  
esta existencia de oprobio,  
de vergüenza y deshonor...!

CONDESA.

¿Preferiréis el agobio  
de la miseria?

MANON.  
CONDESA.

¡Oh, no! ¡Horror!

Dejaos por mí gular.

Trabajo me dió vencer  
vuestros escrúpulos vanos  
hasta que os pude atraer  
a esta vida de placer  
y deleites cortesanos;  
pero cumplí mi deber,  
pues son mis galas mejores  
ver el fausto en que vivís  
y que hoy se diga en París  
que sois maestra en amores.  
Tal es vuestra seducción  
que fatalmente encadena.

Lo dice así la canción.

¿Qué canción?

MANON.  
CONDESA.

Una que suena  
de boca en boca... Manon  
es su estribillo. ¿No os llena  
de orgullo y satisfacción?

MANON.

Sí. Mas De Grioux tendrá pena  
cuando lo sepa.

CONDESA.

¡De Grioux!

¡Siempre él! A vuestro lado  
o en pensamiento. No sé  
que bebedizo os ha dado.

MANON.

¡Su vida! ¿Os parece poco?  
¡Su bienestar! ¡Su sosiego!  
¡Sus locuras!

CONDESA.  
MANON.

¡Pobre y loco  
por mí! Ya veis si está ciego.  
¡Fué gran infamia arrancarle  
a la paz conventual

para luego abandonarle  
otra vez! ¡Fué criminal!  
Si yo tan mala no fuera  
como soy, le guardaría  
fidelidad verdadera  
hasta morir. Y él debía,  
si tanto no me quisiera,  
venir a matarme.

(Gesto de la Condesa.)

Sí.

Lo merezco. Procedí  
de modo tan desleal.  
tantas veces le ofendí,  
que la hoja de un puñal  
sería el pago mejor  
a mi vileza.

(Con desprecio.)

¡Dinero!...

Esto es todo... ¡Y lo prefiero  
al incomparable amor  
de mi dulce caballero!  
¡Qué villanía y qué error!  
Hoy que otra vez le dejé  
vuelvo a morir de tedio.  
¡Manon, no tenéis remedio!  
¡Os ha embrujado De Grieux!  
Pero, por Dios, sed prudente.  
Esa lágrima enjugad.  
Poneos carmín. Quitad  
negruras de vuestra frente  
y al olvido, por favor,  
dado esta noche. Os espera  
la Opera... En su esplendor  
deslumbraréis de manera  
que envidia al mundo daréis.

CONDESA.

¡La Opera! Justamente  
condesa, nombrado habéis  
lo que más certeramente  
despierta en mí la emoción  
del recuerdo... ¡Cuántos días  
fui con De Grieux! ¡Qué ilusión  
sentir nuestro corazón  
mecido en sus melodías!  
En el último rincón  
del teatro, confundidos  
por el tumulto, en las gradas  
las manos entrelazadas  
y los ojos encendidos  
en un divino fulgor  
¡cuántas veces, al temblor  
de un aria de primavera,  
pasamos la noche entera  
pendientes de nuestro amor!  
Hoy el teatro me espera.  
¡Pero de qué otra manera  
voy a él!

MANON.

CONDESA.

MANON.

A todo honor.  
Si honor llamáis a tener  
coche y platea, es así.  
¡Pero aquello que perdí  
vale más que esto a mi ver!

Era mi sueño dorado.  
La Opera!... ¡Cuento de hadas!  
¡Mundo de ilusión que a solas  
desde niña acariciaba!  
La primera vez que fui  
—una noche ya lejana—  
iba mi De Grieux conmigo.  
¡Noche de abril, noche clara!  
¡Noche que abría en mi vida  
una veredita blanca...!  
Ibamos los dos del brazo,  
calle oscura, calle larga;  
brillaban sobre nosotros  
faroles de estrellas altas  
y allá, a lo lejos, el Sena  
era una cinta de plata.  
Con miedo de no llegar,  
mirando a lo que faltaba,  
íbamos corre que corre,  
íbamos salta que salta,  
y a cada revuelta un beso,  
a cada beso una lágrima,  
cruzamos todo París,  
que no eran pies, eran alas!...  
Lucía el Palais Royal  
sus puertas iluminadas;  
llegaba una multitud  
lujosa, densa, apretada,  
y en grandes capas de armiño,  
nieve las pelucas blancas,  
flúan, bajo los arcos,  
la reina y la cortesana.  
Ruido de coches que ruedan,  
carrozas engalanadas;  
lacayos que van y vienen;  
caballos que se desmandan;  
citas furtivas al paso;  
labios que son puñaladas;  
abanicos que se pliegan  
y ojos que prometen gracias.  
¡Ríos de seda llenando  
salones y escalinatas!  
Nattier pintó sus azules  
en el raso de las damas.  
Esta, que finge una rosa  
en cada mejilla pálida,  
tiene, desnudos los senos,  
los hombros de porcelana.  
Aquella que al abanico  
cuchillos de luz arranca,  
con sus dos "paniers" en góndola,  
semeja un cisne de Italia.  
Y aquella que a Crebillon  
la de Sevigné señala,  
bajo un dosel de brocado  
pone actitudes de estatua.  
Corona el anfiteatro  
la clásica columnata;  
a los plafones del techo

se asoma Gracia pagana;  
mullida alfombra enmudece  
las sedas y las pisadas  
y fingen constelaciones  
los astros de las arañas.  
La Reina, en su palco, deja  
vagar la triste mirada;  
Voltaire afila sus dardos;  
Lancret su lápiz prepara;  
y apenas sobre el atril  
Rameau su mano levanta,  
se hace un silencio de muerte  
que llena toda la sala.

Luego, la dulce armonía  
que se repliega o se alarga;  
luego, el telón que se abre  
por medio, como una falda;  
luego, la decoración  
de templetes y guirnaldas;  
luego el fauno y la bacante;  
luego, la Venus que danza,  
y luego, en fin, la Camargo,  
frágil, femenina, casta,  
ligera como un jilguero  
que vuela de rama en rama  
y alegre como la risa  
que va desgranando el agua.  
¡Levanta la españolita  
salvas de aplausos! ¡Levanta  
su nombre, en alto, la gloria!  
¡Levanta gritos su fama!  
Y caen sobre el escenario,  
como una lluvia sagrada,  
palomas y ramilletes  
que traen los cielos de España!  
¡Ay, Condesa, qué distintas  
son hoy aquellas veladas!  
¡Ya no irá De Grioux conmigo,  
calle oscura, calle larga!  
¡Ya no estamos en los últimos  
escalones de la grada,  
juntas, muy juntas las manos,  
juntas, más juntas las almas!  
¡Ya no es la Opera aquella  
hecha de besos y lágrimas,  
el mundo que cuando niña  
mis sueños acariciaban!

(*Entra LINA sobresaltada, temblorosa.*)

LINA.  
MANON.  
LINA.  
MANON.  
LINA.

¡Señora! ¡Señora!  
¿Qué?  
¡Un peligro os amenaza!  
¡El Caballero está aquí!  
¿De Grioux? ¿Dónde?

En la antesala.

Viene como loco. Dice  
que quiere veros; que nada  
lo impedirá; que no hay fuerza  
que le detenga... Y es tanta  
la verdad de lo que dice  
que ni lacayos de guardia

ni de escaleras arriba,  
ni yo, ni nadie en la casa,  
hemos podido evitar  
que llegue aquí.

CONDESA.

¡Virgen santa!  
No le recibáis. Decidle  
que es inútil. Que se vaya.  
Que no ha de verla.

LINA.

¡Imposible!  
Ninguna razón le acalla.  
Nada le convence. Temo  
si os negáis, señora, que haga  
cualquier disparate.

MANON.

LINA.

¿Entonces...?  
¡Pronto! Dais tiempo a que salga  
el Marqués y ¡si le viera...!  
¿Qué hacemos, Condesa?

MANON.

CONDESA.

Basta.  
Todo menos el escándalo.  
Decidle que entre. Sed cauta  
y ved si podéis lograr,  
con engaños y esperanzas,  
que se retire.

MANON.

CONDESA.

¿Y después?  
Después, Manon, es mañana;  
y mañana, ya veremos.  
¿Oyes, Lina?

MANON.

LINA.

MANON.

Sí.  
Pues anda.  
¡Que pase y que Dios me dé  
las fuerzas que me hacen falta!

*(Se va Lina. La Condesa va a hacer mutis.)*

No os vayáis.

MANON.

CONDESA.

MANON.

Pero, ¿el Marqués...?  
Luego... Ahora es necesaria  
junto a mí vuestra presencia.  
¿No veís que el verle me causa  
tanta emoción que mis manos  
siendo fuego están heladas?  
¡Valor, Manon! ¡Es preciso  
sobreponerse!

CONDESA.

MANON.

CONDESA.

¡El es!  
¡Calma!

*(Entra DE GRIEUX como un huracán. Se encara  
con Manon y la increpa.)*

DE GRIEUX.

MANON.

DE GRIEUX.

¡Despreciable Manon! ¡Manon traidora!  
¡De Grieux!

¡Ya te encontré! ¡Ya di contigo!  
*(Reparando en la Condesa.)*

¿Tú aquí y esa mujer, el enemigo  
de mi felicidad, la hechizadora,  
junto a ti?

CONDESA.

*(Extrañada.)*

¿Yo? ¿Qué habláis?

DE GRIEUX.

Que sois aquella  
que en Amiéns descubrió mi mala estrella.

CONDESA.

DE GRIEUX.

¿Eh?  
¡Su rostro infernal! ¡Su mortal palidez!  
¡La misma a quien tropiezo cada vez  
que me amenaza un daño!

CONDESA. (A Manon.) Desvaría.

DE GRIEUX. ¿Qué dice el insensato? ¿Yo hechicera?  
 ¡Vos! Sí. Diestra en oficios de tercera.  
 ¡Con qué delectación si ha un siglo fuera  
 el Santo Tribunal os quemaría!  
 ¡Idos!

MANON. Idos, por Dios, amiga mía.  
 Enloquece de amor, en su ceguera  
 no sabe lo que dice.

DE GRIEUX. ¡Sí! ¡Marchaos!

MANON. ¡Pronto! ¡No os quiero ver!

CONDESA. Obedeced, Condesa. Retiraos.  
 Se ofusca su razón.

MANON. Pero, y ¿vos?...

CONDESA. Yo he de hacer  
 que se calme.

CONDESA. Prudencia. Procurad  
 que el Marqués no se entere.

MANON. En vos confío.

CONDESA. Tranquila estad.  
 De eso me encargo yo.  
 (Haciendo mutis.)

MANON. Pero Dios mío!  
 ¿Qué locura más grande y qué extravío!  
 ¿Nunca he visto mayor temeridad!  
 (Se va. Pausa. Manon, con recogida voz.)  
 Habla ya. Más te ruego, te suplico  
 que sin gritos, sin voces. Con prudencia.  
 DE GRIEUX. ¡Con prudencia!... ¿Te asusta que en la casa de  
 venga a exigir derechos quien vive en [un rico  
 la indi-  
 gencia?

MANON. ¡Cruel!... ¡Infame!... ¡Criatura vil!  
 ¿Soy tu vergüenza, acaso?  
 ¿A qué precio te dan, mujer servil,  
 ese lujo de encajes y de raso?  
 DE GRIEUX. ¡De Grieux!...

MANON. Suplica... Gime...  
 Finge un llanto de falso Jeremías...  
 Pero contesta, dime:  
 ¿para qué me arrancaste del claustro si sabías  
 que ibas a abandonarme por el placer y el lujo?  
 Cuando me redimía con mi fervor cristiano,  
 ¿qué diabólica idea te sedujo  
 a convertirme en un guiñapo humano?  
 Mas ¿me puedo quejar?... ¿No lo sabía?  
 ¿Cien veces no me hiciste traición  
 y otras cien, miserable, en su abyección,  
 no volvió junto a ti mi cobardía?  
 Haces bien. Lo merece la vileza en que estoy  
 por tu culpa manchado. ¡Pero no puedo más!  
 ¡Es el último agravio que me causas, porque hoy  
 te pierdo para siempre!

MANON. ¡Oh, no! ¡Jamás!

DE GRIEUX. ¡Eso no! ¿Qué has querido decir?  
 ¿No lo adivinas?  
 ¡Que todo es preferible! ¡Que la muerte es mejor  
 que esta senda de zarzas y de espinas



donde se va quedando deshecho nuestro amor!  
¿Es que aún crees posible que te ame?  
Entonces, ¿a qué vienes?

MANON.  
DE GRIEUX.

¿Lo sé yo mismo? ¡A verte!  
¡A llamarte cruel, traidora, infame!  
¡A colmarte de insultos! ¡A injuriarte,  
y, si tuviera fuerzas, a matarte!

MANON.

¡Así te quiero oír! ¡Sí! ¡Dame muerte!  
¡No harás cosa mejor! Pero te juro  
que tampoco esta vez quise ofenderte.  
¡Si eres tú para mí lo que hay más puro!  
¡Si no he dejado nunca de querte!

DE GRIEUX.

¿Tú lo crees así? ¡Puede ser! No concibes  
que tenga dignidad; que se subleve  
mi corazón por nada; que a la nieve  
de ese frío egoísmo en el que vives  
se oponga el fuego de mi propia estima.  
¡No lo concibes, no! Me arrojaste a una sima  
de fondo encenagado  
y entre tu hermano y tú, por la pendiente  
del vicio y del pecado,  
me fuisteis empujando lentamente  
a un mundo de bajezas donde nadie era honrado!  
Por ti lo he sido todo: jugador de ventaja,  
caballero de industria y amante sin honor.  
¡Estafador, rufián, consentidor  
que a todo, servilmente, se rebaja!  
¡Por ti me he visto en manos de usureros;  
revolcando mi honor en la inmundicia;  
perseguido de esbirros y de arqueros;  
con cuentas que saldar a la justicia!  
¡Por ti me envilecí de tal manera  
que hasta llegué a aceptar, indignamente,  
vivir a costa tuya! En mi ceguera  
no hubo acción vergonzosa que yo no cometiera.  
Despilfarré sin tasa, desordenadamente,  
y asociado con gente  
de la peor estofa, pasé noches en claro  
en la mesa de juego o en pos de la aventura.  
Tú me volviste avaro  
y pródigo a la vez... ¡Y en tal locura  
mi historia escandalosa,

fué por todo París, entre canciones,  
arrastrando mi fama hecha jirones  
cual símbolo de vida ignominiosa!  
Esto hiciste de mí. ¿Y aún no te basta?  
¿No te causa piedad mi desventura?  
¿No cesarás en tus maldades hasta  
verme en la cárcel o en la sepultura?

MANON.

¡No digas eso! ¡Calla, que de oírte  
la que muere soy yo!... Me proponía,  
si tú me dabas tiempo, sin pretender herirte  
en tu delicadeza,  
rehacer mi fortuna y ofrecértela un día.  
De este modo, dichosos, sin miedo a la pobreza,  
ya nadie a separarnos mañana volvería.  
Pero, pues tú no quieres y en ello te ofendí,  
manda. Yo te obedezco. Haré lo que tú quieras.  
¡Corazón inhumano,  
movedizo y traidor!...

DE GRIEUX.

En ocasiones pienso que es tu amor  
un pájaro en la palma de la mano.  
Trina, juega, aletea, nos arrulla;  
parece que jamás nos va a dejar.  
Y cuando nuestra confianza es suya,  
sin que podamos impedir que huya  
lleno de ingratitud e-ha a volar.

¿Cuántas veces has vuelto y te has marchado,  
pájaro en libertad? ¿Cuántas han sido?  
¿Y qué importa, De Grioux, que huya del nido  
si no me alejo nunca de su lado  
y vuelvo siempre a él, quiera o no quiera?  
¡Aprisioname bien! ¡De tal manera  
que desvanezca de una vez tus miedos!  
Y si las alas, aún así, tendiera  
¡ahoga al pajarillo entre tus dedos  
y recoge su aliento cuando muera!

(En esta actitud de mutua sumisión les sorprende  
LESCAUT, que sale.)

LESCAUT.

Cierto. No se ha engañado.  
Los tórtolos se arrullan otra vez.

MANON.

¿Tú?

DE GRIEUX.

¡Lescaut!

LESCAUT.

La Condesa...

DE GRIEUX.

¿Eh?

MANON.

¿Nos ha traicionado?

LESCAUT.

¡Callad!... Sería insensatez  
que el Marqués se enterase.

DE GRIEUX.

¿Venís?...

LESCAUT.

En vuestra ayuda,

si os pensais escapar con el dinero,  
y a reclamar mi parte.

DE GRIEUX.

(Con gran indignación.)

¿Eh?

LESCAUT.

Caballero

DE GRIEUX.

de Grioux, sin sofocaros. Mas la verdad, desnuda.  
¡Rufián! ¿Qué habéis pensado  
de mí?

LESCAUT.

Nada de nuevo, ciertamente.  
¿Olvidáis que habéis sido mi asociado  
para desvalijar bonitamente  
a las gentes honradas? Tenéis frágil memoria.  
¿Acaso, en vuestra insania,  
olvidáis de repente la edificante gloria  
que os dieron el hotel de Transilvania  
y otras tafurerías de igual ejecutoria?  
¿Nuestra complicidad hoy nada cuenta?  
¿Es, quizás, una afrenta  
que os exija mi tanto en el botín?  
¡Miserable Lescaut!... No soy tan ruin  
que ultrajes semejantes os consienta.  
¡Si no fuerais quien sois, con esta espada  
os haría salir de vuestro error!  
¡De Grioux!...

DE GRIEUX.

MANON.

LESCAUT.

No temas nada.

No es cuestión, este pleito, de valor;  
es cuestión de intereses. A otra cosa no aspiro.  
Se convienen o no las condiciones.  
¿Que no? Pues no hay que hablar. Yo me retiro  
y el Marqués fallará con más razones.

Pero no lo olvidéis:  
no saldrán las alhajas ni el dinero de aquí.  
Os ofrezco la paz. ¿No la queréis?  
Pues conforme. La guerra no depende de mí.

*(Se va. Manon intenta detenerle. De Grioux lo impide.)*

MANON.

DE GRIEUX.

MANON.

DE GRIEUX.

¡No! ¡Hermano!

No le llames. Nada temo.

Pero vendrá el Marqués.

Deja que venga.

Así le humillaré y en todo extremo  
con él no habrá razón que a mi espada detenga.

MANON.

*(Tomando de pronto una resolución.)*

¡Vamos! ¡Pronto! ¡Las joyas! ¡El dinero!

*(Saca un bolso de viaje y guarda en él apresuradamente todo lo que hay sobre la mesa.)*

DE GRIEUX.

*(Asombrado al verla.)*

¿Eh? ¿Qué haces, Manon?

MANON.

Ahora no es ocasión

de escrúpulos pueriles.

*(Sacando un manto que se echa por los hombros.)*

Lo primero

nuestra seguridad.

DE GRIEUX.

¡Yo no la quiero

a ese precio!

*(El MARQUES, dentro.)*

MARQUES.

MANON.

*(Cogiendo el bolso.)*

¡Manon!

¡El! ¡Pronto!... ¡Vamos!

¡Aun es tiempo!

*(Apareciendo en la puerta.)*

Ya no.

MANON.

MARQUES.

*(Para sí.)*

¡Maldita suerte!

*(Con mucha calma, al ver a De Grioux.)*

¿Vos aquí?

*(A Manon.)*

¿A dónde vais?

*(Pausa. Manon, confusa, calla.)*

Harto se advierte

que a nada bueno era.

DE GRIEUX.

*(Airado.)*

¡Marqués!

MARQUES.

En vuestra casa

podéis alzar la voz. Pero en la mía  
nadie, sin mi permiso, los límites traspasa  
de la más exquisita cortesía.

DE GRIEUX.

¿Por qué? Tal vez sería

razón de obedecer

si vos lo merecierais. ¡Pero un vulgar ladrón  
que me robó el amor de esa mujer,  
no merece respeto ni consideración!

MARQUES.

*(Cada vez con más calma.)*

¿Hablabais de robar...? ¿A ver, Manon,  
qué llevabais ahí?

DE GRIEUX.

*(El Marqués da un paso hacia Manon.)*

*(Interponiéndose.)*

¡No la toquéis!

MARQUES.

No hará falta tampoco. Ya lo veis.

Ese silencio vale por una confesión.

*(En efecto, Manon deja el maletín sobre la mesa.  
El Marqués lo abre.)*

Mis joyas... Mi dinero... Mis regalos...  
MANON. (Confusa.) ; Perdón!

MARQUES. (A De Grioux.)  
¿Y os atrevéis aún a hacer alarde  
de dignidad y de honradez?  
Hace unos años, puede. Ahora, ya es tarde.

(A Manón.)  
¿Así pagáis, Manon, mi esplendidez?  
¿De modo que a mi celo, a mi cariño,  
correspondéis con esta avilantez?  
Olvidásteis, sin duda, que yo no soy un niño.  
Se me engaña una vez,  
no dos, como al amante de vuestro corazón.

(A De Grioux.)  
¿Sostenéis todavía que yo soy el ladrón?  
No opinarán lo mismo los esbirros y el juez.

DE GRIEUX. (También confuso.)  
Marqués, tenéis razón: lo merecemos todo.  
No se puede llegar a más rebajamiento.  
¿Cómo puede ser puro y honrado el pensamiento  
y estar nuestra conducta salpicada de lodo?  
¡Fuerza de las pasiones! ¡Poderosa corriente!  
¿A dónde nos arrastras, ciegamente,  
sin que nada nos sacie ni nos baste,  
que, queriendo ser buenos, hacia el mal nos dis-  
y somos una mezcla en perpetuo contraste [pones  
de nobles sentimientos y de malas acciones?  
Decís muy bien, marqués. Forzoso es castigarnos.  
¡Pero quitadnos de una vez la vida!  
¡Ya tan sólo la muerte puede darnos  
la paz apetecida!

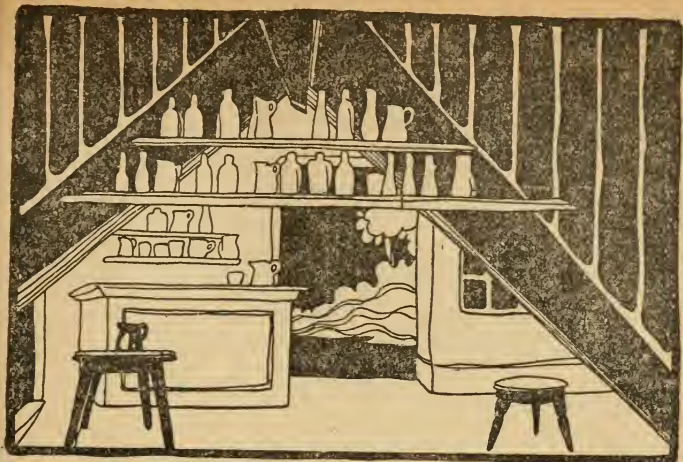
MARQUES.  
No es necesario tanto. Con prenderos me basta.  
(Ha llamado. Salen varios criados. A los cria-  
dos, señalando a Manon y De Grioux.)  
Cuidad no salgan, hasta  
que llegue la justicia.

(A Manon.)  
Hoy la aventura  
tuvo mal fin. Creísteis, en mal hora,  
que no existe más ley que los placeres.  
Ya veis que no es así.

MANON. (Refugiándose en los brazos de De Grioux.)  
¡De Grioux! ¿Qué será ahora  
de tu pobre Manon?

DE GRIEUX.  
¡No desesperes  
por nada, vida mía!  
¡El amor nos defiende contra la vida entera!  
¡Tenemos, todavía,  
que amarnos mucho, mucho, con un amor pro-  
Pero si así no fuera; [fundo!  
si es delito quererse en este mundo.  
¡venga, Manon, la muerte cuando quiera,  
y a su encuentro vayamos,  
unidos de una vez, estrechamente!  
¡Que en ese más allá con que soñamos  
se amarán nuestras almas libremente!

T E L O N



## ACTO TERCERO

### CUADRO QUINTO

*Taberna en la factoría de Nueva Orleans. Al frente, puerta. Larga estantería donde, abigarradamente, se almacena cuanto es uso del villorrio en formación. Lonja de contratación, tienda y café que allí puso un audaz aventurero. Techo de vigas. Moblaje primitivo y un mechero de aceite. Se ve un paisaje áspero, hostil y severo a través del agujero de una ventana. Es de noche, y como siniestro broche de este cuadro, alegremente, riendo y hablando a coro, llena el tenducho una gente con el rudo continente de los buscadores de oro.*

*(En escena, SYNNELET, EL CAPATAZ, CARA DE ASNO, LA ROJA y LA MANCHADA alrededor de una mesa. En otra, LIBERTA y COLLET. Detrás del mostrador, EL PATRON. Collet y Liberta disputan.)*

COLLET. ; Hala, a casa! ; Vas a estar todo el día en la taberna?

LIBERTA. ; A casa? ; A valiente cosa llamáis casa en esta tierra!  
; Cuatro tablas mal unidas que el viento y la lluvia dejan entrar, un techo de pajas y un mal camastro!

CAR. DE AS. ; Y te quejas?  
SYNNELET. Al cabo, siempre estarás mejor que en los muros presa de la cárcel de París.

ROJA. ; Compara!  
LIBERTA. ; La cárcel era un palacio!

SYNNELET. Aquí estáis libres, como es tu gusto, Liberta.

LIBERTA. Pues por eso. Libre soy y haré cuanto me parezca.

(A Collet.)  
No voy a casa. ; Lo entiendes? Esta noche está de fiesta la factoría y aquí me quedo hasta que amanezca; a bailar con el que baile, a beber con el que beba.

COLLET. Tú serás libre, pero eres mi mujer, aunque no quieras.

LIBERTA. ; Yo tu mujer? ; Dónde está el cura que nos uniera?

PATRON. Eres su mujer según las ordenanzas severas del gobernador.

COLLET. (Cogiéndola violentamente.)  
; Ea, basta!  
; A casa en seguida!

LIBERTA. ; Suelta!

EL PATRON. ; Vas a pegarla, muchacho?

COLLET. ; Si es que!...

PATRON. No vale la pena.  
SYNNELET. ; Suéltala!  
(Collet la suelta. Synnelet a Liberta.)  
Tú, ven aquí.  
(A los que están con él.)  
Dejadla un sitio en la mesa.  
(Acercándose. Por Synnelet.)  
; Aprended! ; Esto es un hombre!  
(Se sienta junto a él.)  
; Ay, si tocado me hubiera uno en suerte como tú!  
(Los jugadores la aceptan en su corro. Collet habla aparte con el Patrón.)  
; Arrastrada! ; Mala pécora!  
Déjala..., no se merece que te sofoques por ella.  
Las indias de por aquí no son más salvajes... Déjala.  
; Si no mirase que él es sobrino del que gobierna la factoría y dispone de nuestras vidas y haciendas!...

COLLET. (Da un portazo y se va.)

LIBERTA.

SYNNELET.

ROJA.

LIBERTA.

¿Por qué se me ha de obligar  
a quererle por la fuerza?  
Porque es preciso acatar  
lo que las leyes ordenan.

¿Esto es un presidio suelto!

¡Tú lo has dicho! Se nos echa

a un barco; se nos obliga  
a navegar por la fuerza;  
se nos entrega a unos hombres  
que están destripando tierras

o, a orillas de un río, el oro  
buscando entre las arenas,  
y se les dice: "¿Queréis  
mujeres? ¡Ahí tenéis esas!

¿Que no las amáis? Mejor.

¡Así andarán más ligeras!

¿Qué sufren? Pues que se alegren.

¿Que no quieren? Se las pega.

Lo importante es que tengáis  
cada cual vuestra pareja;  
que os den placer y os den hijos;

que la factoría crezca,  
y que donde sólo España  
y los ingleses hubieran  
puesto su planta hasta ayer,  
Francia también tener pueda  
una colonia de esclavos  
que de lejos la enriquezca!"

¡A eso venimos! ¡A ser,  
por las malas o las buenas,  
semilla de aventureros,  
carne de vicio y de afrentas!

¿Y qué más da? Si a nosotros  
no se nos trae a la fuerza,  
por fuerza nos van trayendo  
la ambición o la miseria;

y en cada hombre que aquí  
buscando refugio llega,  
hay sabe Dios qué misterio  
o qué terrible tragedia.

¡Pudo el duque de Orleans  
no aventurarse en la empresa  
de fundar esta colonia

que tanta sangre nos cuesta!  
Yo eso digo. ¿Qué perdimos  
los franceses en América?

CAPATAZ.

CAR. DE AS.

*(Pausa. Entran dos MARINEROS. El Patrón les sirve.)*

SYNNELET.

CAR. DE AS.

MARINERO 1.º

CAR. DE AS.

Hoy vino barco del Havre.

¡Eh, marineros!

¿Qué hay?

¿Queda

por desembarcar aún  
mucho peso en la bodega,  
¿o sólo trajisteis carga  
de vírgenes y princesas?  
¿Zarpáis mañana?

SYNNELET.

MARINERO 1.º

Levamos  
anclas en dando la media.

ROJA. ¡Lástima es! Cada envío  
de mujeres lo celebra  
la factoría.

MANCHADA. Y con bailes  
y músicas se festeja.  
¿Entonces hoy?...  
Nadie duerme.  
¡Hasta los tristes se alegran!  
¡Bailando la farandola  
pasamos la noche entera!  
¿Vais lejos?  
A las Antillas.  
¡Buen rom!  
¡Convido al que venga!  
¿Hay lastre de ébano negro?  
Para aprovechar la vuelta.  
¿Trajisteis muchas mujeres?  
Pocas y malas.  
Y aun esas  
les corresponden a otros  
que esperando turno llevan  
más tiempo.  
¡Dichosos!  
Tú  
te conformarás con verlas.  
¡Ya las vi!... ¡Y así estoy yo!  
¡Tanto suspirar por ellas,  
y luego...!  
¿Qué?  
Que no hacéis  
más que odiarlas y ofenderlas.  
Aprended de Synnelet.  
Pudiendo, siempre que quiera,  
elegir la que le guste,  
renuncia a todas.  
¡No encuentra  
cosa digna!  
Suspiraba  
por hallar la compañera  
con quien le fuese agradable  
la soledad de estas tierras,  
y el día que la encontró  
y pudo, al cabo, tenerla,  
renunció a su amor.  
Por qué  
todos lo sabemos.  
¡Ea!  
¿Qué es lo que sabéis? Decidlo.  
¡Acabad!  
Que no te quedas  
con ninguna, porque no  
te dan la que tú desees.  
¿Quién es?  
Pues... ¿Quién ha de ser?  
Manon Lescaut.  
(Synnelet calla, contrariado.)  
¿Qué, no es esa?  
¡La orgullosa!  
Y no la puedes  
tener porque te lo vedan  
el respeto que te impone

ROJA.

MANCHADA.

MARINERO 1.º  
CAR. DE AS.  
ROJA.  
MANCHADA.

PATRON.  
MARINERO 1.º  
PATRON.  
MARINERO 1.º  
SYNNELET.  
MARINERO 1.º  
LIBERTA.  
MARINERO 1.º  
CAPATAZ.

CAR. DE AS.  
ROJA.

CAR. DE AS.  
LIBERTA.

CAR. DE AS.  
LIBERTA.

CAPATAZ.  
LIBERTA.

ROJA.

SYNNELET.

LIBERTA.

SYNNELET.  
LIBERTA.

MANCHADA.  
LIBERTA.



con su altivez y el que sea  
mujer casada.

SYNNELET.

¡La ley!

¡La ley es quien no me deja!  
Si no estuvieran casados,  
en mis brazos a estas fechas  
la verfaís— ¡Soy capaz  
de todo! Para obtenerla,  
me dejaría matar  
o mataría por ella!  
Anda por medio tu tío.  
¿Los protege?

CAPATAZ.  
MANCHADA.  
SYNNELET.

Se dijera  
que, más que a mí.

ROJA.

¡También él

se habrá enamorado!

LIBERTA.

Yerra  
si es así. Perdéis el tiempo  
todos. Será lo que quiera,  
pero hoy los ojos no aparta  
de su marido.

SYNNELET.

¡Pues ella  
se lo pierde!

ROJA.  
MANCHADA.  
ROJA.

¡La santita!  
¿La santa? ¡La Magdalena!  
Yo no sé qué os da que todos  
bebéis los vientos por verla.

CAR. DE AS.  
MANCHADA.

¡Que es mucha mujer!  
Igual  
que ésta o que yo.

CAR. DE AS.

No la ofendas.

MANCHADA.

¡No la compares contigo!

CAR. DE AS.

(Ofendida.)

¡Cara de Asno!

ROJA.  
SYNNELET.  
MANCHADA.

¡Si a una legua  
se ve que no están sus manos  
hechas para estas faenas!  
¡Tendrá sangre azul!

LIBERTA.

¡Quién sabe!  
¡Puede ser que la trajeran  
por sus virtudes aquí.  
Eso no. Pero, creedme,  
si algo hizo malo, hoy la pesa.  
Vino conmigo en el barco.  
Os digo que daba pena.  
No cesaba de llorar  
y la travesía entera  
fué un mar de lágrimas. Y eso  
que De Grieux vino con ella.  
Que si llega, como todas,  
a hacer sola el viaje, cierra  
los ojos antes de ver  
Nueva Orleans.

SYNNELET.

¡Pues hubiera  
sido mejor para todos!  
¡Ella se ahorraría penas  
y yo el terrible tormento  
de ansiarla y no tenerla!

PATRON.

(Que ha visto cruzar dos sombras por la ventana  
del foro.)

SYNNELET.

Tu tío y De Grioux.

Pues vámonos

allá dentro, no me vean.

(Se van todos al interior de la taberna, menos los Marineros y el Patrón. Entran DE GRIEUX y el GOBERNADOR.)

GOBERNADOR.

(Yendo a sentarse a una mesa con De Grioux.)

Ya veis, mi buen De Grioux, cómo la vida no es tan cruel aquí como se ha dicho.

DE GRIEUX.

No con vuestra amistad.

PATRÓN.

(Acercándose.)

¿ Señor ?

GOBERNADOR.

Jamaica.

(El Patrón va al mostrador y vuelve a servirles.)

Hasta que vos vinisteis, mi sobrino, en esta sociedad de expatriados fué, además de pariente, el solo amigo con quien podía hablar. Llegasteis vos y ahora no puedo ya decir lo mismo. Me ganasteis el alma y el afecto.

¡ Y es que sois tan distinto a los demás !... Se ve que la desgracia, no el crimen ni los vicios, a este rincón del mundo, fatalmente, detrás de una pasión os ha traído.

DE GRIEUX.

¿ Señor gobernador ! ¿ Cómo pagaros todo el bien que me hacéis ? ¿ Cómo deciros la inmensa gratitud que os profesamos Manon y yo ? Desde que aquí vinimos bien nos ha compensado vuestro afecto de todo lo sufrido.

Gracias a Dios, empiezo a ser dichoso como no lo fuí nunca.

GOBERNADOR.

A conseguirlo contribuye el mejor de vuestros bienes : un grande y noble amor correspondido. ¿ Se contenta Manon con esta vida ?

DE GRIEUX.

Con tal que yo lo esté...

GOBERNADOR.

¡ Buen sacrificio para ella, educada en ese mundo de lujo y de placer en que ha vivido ! Y más atesorando sentimientos tan delicados como en ella he visto.

DE GRIEUX.

Puesto que tantas pruebas de amistad hemos de vuestra parte recibido, fuera innoble ocultaros por más tiempo lo que vais a saber. Sé que he debido decíroslo al llegar, pero el temor, antes de conoceros, al castigo, ha sellado mis labios. Mas, ahora, ocultároslo más sería indigno ya que nuestro deseo es que el engaño con que en el viaje y al llegar pudimos defender nuestro amor, deje de serlo para hacerse verdad.

GOBERNADOR.

Decid.

DE GRIEUX.

Mentimos haciéndonos pasar a vuestros ojos por marido y mujer. Jamás unidos estuvieron igual hembra y varón.

GOBERNADOR.

Pero... No legalmente. Ya comprendo.  
No estáis casados...

DE GRIEUX.

Lo fingimos.  
Muy pronto lo estaremos si contamos  
con vuestra aprobación. Me ha parecido  
que antes de hablar al capellán debía  
confesároslo todo y os suplico  
que, lejos de enojaros, completéis  
vuestra obra de bien para conmigo  
legalizando así nuestros amores  
con la sagrada unión.

GOBERNADOR.

Me felicito  
de que hayáis puesto en mí tal confianza  
y os perdono el engaño.

DE GRIEUX.

; Oh, gracias! Fijo  
tuve siempre en mi mente el pensamiento  
de casar con Manon; pero el destino,  
siempre adverso y fatal, fué interponiéndose  
una vez y otra vez para impedirlo.  
Cumpliremos ahora este deber.  
Si nuestra vida irregular ha sido  
causa de tantas penas y desdichas,  
acaben de una vez. Harto sufrimos.  
Ennoblezcamos nuestro amor cumpliendo  
la ley de Dios. Hoy nada ha de impedirlo  
como en Francia. Ni intrigas. Ni prisiones.  
Ni un padre que se oponga, ni un amigo.  
; Si supierais, señor gobernador,  
qué terrible calvario hemos seguido  
hasta llegar aquí!

*(Pausa. Bebe. Los Marineros se han ido. Se oye dentro el bullicio de los jugadores. El Patrón hace mutis discretamente. De Grioux, como recordando su pasado :)*

Por cierto engaño  
a un marqués, nos prendieron.  
Gozaba de influencia y en la cárcel  
del Chatelet, los dos nos vimos presos.  
Olvidados, en celdas separadas,  
sin nadie que viniera a socorrernos,  
pasamos largos días de amargura  
aunque con este solo pensamiento:  
amarnos a través de aquellos muros  
cuanto con más dolor, con más empeño.  
Mi padre consiguió mi libertad.  
Me perdonó otra vez y como en ello,  
para lograr que me dejasen libre,  
hubo de intervenir a favor nuestro  
el mismo noble que prender nos hizo,  
él y mi padre, sin estar de acuerdo,  
de acuerdo se pusieron para ver  
de alejar a Manon. Movié tal celo  
en mi padre el afán de asegurar  
el sosiego a su hijo, y en el viejo  
marqués a quien habíamos  
Manon y yo burlado hacia tiempo,  
un deseo insaciable de venganza  
que aún no había del todo satisfecho.

Pactado entre los dos el deshacerse  
 de Manon como fuera, consiguieron  
 sobornar a las gentes de justicia  
 para lograr que la enviaran lejos,  
 a esta remota América,  
 de donde, si se vuelve, se tarda mucho tiempo ;  
 y quedó convenido que saldría  
 en la primera expedición de presos.  
 ¡Ay, de mí, que ignoraba,  
 pensando en libertarla, todo aquello!  
 ¡Ay, de mí, que buscando la manera  
 de evitarlo después, no hallé remedio!  
 ¡Y si no enloquecí fué porque el hombre  
 ni sucumbe al dolor, ni lleva dentro  
 más que un leño insensible! Un fiel amigo  
 que siempre me prestó su apoyo y su dinero,  
 me volvió a socorrer. Fué generoso.  
 ¡Dios se lo pague! Apalabré en secreto  
 a unos espadachines desalmados  
 y pactado quedó que en el momento  
 propicio atacarían  
 a la guardia de arqueros  
 que debía escoltar las dos galeras  
 donde la expedición viajaría hasta el puerto.  
 Pero a la hora de atacar, cobardes,  
 los hombres que pagué se arrepintieron  
 y me dejaron solo en el camino  
 mientras huían las galeras. Lleno  
 de ira, piqué espuela hasta alcanzarlas  
 y sin otro recurso que el dinero,  
 logré que a duras penas me dejasen  
 seguir tras de Manon en el cortejo.  
 ¡En mal hora la vi, por mi desdicha!  
 ¡Más me hubiese valido haberme muerto!  
 Imaginaos a mi pobre amante  
 cargada de cadenas cuyos hierros  
 herían el jazmín de sus tobillos  
 y tronchaban sus manos con el peso.  
 ¡Imaginad sus vestiduras rotas!  
 ¡Vedla caída, derribado el cuerpo  
 sobre un montón de miserables pajas,  
 los pies descalzos y los labios yertos!  
 ¡Y vedla, sobre toda, rodeada  
 de torpes mujerzuelas que, cantando y riendo,  
 con sus obscenidades la ofendían  
 y se burlaban de su apartamiento!  
 ¿Quién la abandonaría al verla así?  
 Ni yo ni el más severo  
 de los hombres. Debía  
 ir con ella hasta el fin y juré hacerlo.  
 ¿Qué importaba el país yendo a su lado?  
 ¿No es todo el universo  
 patria de enamorados? ¡Pues a América!  
 ¡En donde ella estuviera, estaba el centro  
 del mundo!... ¿A qué seguir? Después de mil ad-  
 calamidades, conseguimos vernos [versas  
 embarcados al fin. El capitán  
 nos protegió y creyéndonos  
 casados, nos dió trato de favor.  
 Otra deuda sagrada que tenemos.

Lo demás lo sabéis. Dos meses largos de navegar. Tristeza. Pasajeros que llevan en su rostro los estigmas de todos los delitos. Apetitos sin freno. Pasiones desatadas. Bajos vicios...

Y en este cuadro negro un rayito de luz: Manon que sueña en un país mejor donde todos son buenos. ¡Y tenía razón! Este país cruel, terrible, inhabitable y seco, para nosotros es el país de la dicha que acariciamos tanto en nuestros sueños, porque en él la maldad no se disfraza, porque en él no se encubre con hábitos discretos, ¡y porque en él amar no es un pecado, sino el más puro y noble sentimiento! ¡Así me gusta oiros! ¡Merecéis casaros cuanto antes. Os prometo pagar los gastos de la boda y como, por mi cargo, no puedo, Synnelet, si os parece, en nombre mío, os apadrinará.

GOBERNADOR.

DE GRIEUX.

GOBERNADOR.

Yo no merezco tanto honor.  
(*Hacia dentro, donde se supone que ha visto a su sobrino.*)

¡Synnelet!  
¡Ven aquí! Deja el juego y escucha.

(*Synnelet, aunque de mala gana, se acerca.*)

Por tu cuenta he prometido algo a De Grioux y espero que como eres su amigo ha de alegrarte. ¿De qué se trata?

SYNNELET.

GOBERNADOR.

Luego te lo diré. Por el camino. Vamos. Acompáñame a casa y hablaremos.

(*Van a salir. MANON habrá entrado poco antes a tiempo de oír las últimas palabras del Gobernador. Este y Synnelet se cruzan con ella y la saludan.*)

GOBERNADOR.

MANON.

SYNNELET.

MANON.

Buenas noches, Manon. Que Dios os guarde.

Buenas noches, Manon. Que os guarde el cielo.

(*Se van Synnelet y el Gobernador. Manon y De Grioux, solos.*)

MANON.

DE GRIEUX.

MANON.

DE GRIEUX.

¿Qué ha querido decir?  
Lo sabe todo.  
¿Se lo dijiste?  
(*Muy contento.*)

MANON.

¡Y pronto nos veremos unidos para siempre sin que nadie nos pueda separar!  
(*Participando de su alegría.*)

¿Será eso cierto?  
Pausa. Después de contemplarle con arrobamiento.)  
De Grioux... ¡Qué bueno eres!  
Por una desdichada como yo que no reconoció virtudes ni deberes,

te ves desamparado, en tierra extraña,  
arrastrando una vida miserable  
y aun dándome un cariño incomparable  
que a prueba de infortunios me acompaña!  
¡Quiero hacerme justicia. No merezco  
tu amor. Cuando me miro en el pasado,  
un monstruo sin entrañas me parezco  
al que tú dulcemente has transformado!  
Y hasta hoy en que lloro y me conmuevo  
comprendiendo lo mucho que me quieres,  
no he podido apreciar lo que te debo.

De Grioux... ; Qué bueno eres!

Pero todo cambió. De aquella ingrata  
has hecho la más fiel de las esposas.

¿Qué importa que este yugo que nos ata  
como cadena de fragantes rosas

no esté legitimado en un altar,  
si lo anudó la vida de tal suerte

que ni la misma muerte

lo podría romper ni desatar?

Ahora es todo el cuidado de mi vida  
compensarte del daño que te hice.

Ya no lloro por mí. ; Sólo es tu herida  
la que quiero que el tiempo cicatrice!

Tú aún no sabes, De Grioux, cómo se hizo  
tal milagro en mi alma... Fué en el mar.

Navegando. Una noche. Al claro hechizo  
de la luz de una estrella que te vino a besar.

Dormías reclinado sobre mí. Dulcemente  
tus sienes palpitaban en mi propio regazo.

La luz del equinoccio te alumbraba la frente  
y el barco iba despacio, muy despacio.

Me pareciste un ángel que a la luz de la luna,  
dormido, suplicabas misericordia. Y

hasta el barco tenía la forma de una cuna  
que se balanceaba. No sé lo que sentí.

“¡Contéplale, mujer, es el amor!”

—dijo un eco del fondo de los mares.

“La desgracia os ha unido para siempre, mejor  
que os pudierais unir al pie de los altares.

Por tí sufre un calvario que no acaba.

Por tí renunció a todo:

¡Y es que él idealizaba

lo que tú envilecías por el lodo!”

Y decía muy bien. Idealizar ha sido  
tu misión en mi vida.

Salvar, purificarlo en la caída;

poner a flote lo que estaba hundido.

Tú honrabas al amor y yo lo profanaba.

Yo lo hacía liviano, tú inmortal.

Yo le ponía plomos cuando se remontaba.

¡Tú le ponías alas de ideal!

¡Manon! ; Dulce Manon!

DE GRIEUX.  
MANON.

¿Ves qué fortuna?

¡Todos vienen aquí buscando el oro  
y ninguno ha encontrado el gran tesoro

que tú y yo, que vinimos sin ambición ningún  
*(Irrumpe en escena un grupo de MUJERES, llegadas  
aquel día, entre las que viene la HECHICERA en  
primer cuadro. Las acompañan algunos HOMBRES)*

*Los que están dentro de la taberna, atraídos por la algazara, vuelven a salir.)*

HOMBRE 1.º

¡Aquí estaremos mejor!

HOMBRE 2.º

¡Entrar!

CAR. DE AS.

*(Saliendo, a los que están dentro:)*

¡Las mujeres nuevas!

*(Salen EL CAPATAZ, LA ROJA, LA MANCHADA y LIBERTA.)*

¡Vino!

HOMBRE 1.º

¡Alegría!

HOMBRE 2.º

*(A la Manchada y la Roja.)*

HOMBRE 1.º

¡Vosotras!

¡Demostrad a las que llegan

a la colonia que aquí

se han acabado las penas!

*(A la Hechicera, que viene medio borracha:)*

¡Tú!

*(La Hechicera avanza.)*

HOMBRE 2.º

*(A Cara de Asno y su grupo, que han ocupado la única mesa libre que quedaba.)*

¡Dejadla que se siente!

MUJER 1.ª

¡A ver si a todos nos echa

la buena ventura!

LIBERTA.

¿Sabe?

HOMBRE 1.º

¡Más que nosotros de letras!

*(La Hechicera se sienta. De Grioux, que la ha reconocido en cuanto entró, no aparta de ella la mirada. Manon, en actitud de miedo, pues las gentes que acaban de entrar ofrecen un aspecto patibulario.)*

¡Dadla de beber primero!

ROJA.

MANCHADA.

HOMBRE 1.º

¡Eso!

TODOS.

¡Que beba!

¡Que beba!

*(El Patrón los habrá servido previamente. Beben todos.)*

DE GRIEUX.

*(Para sí:)*

¿Esa mujer...?

MANON.

Vámonos.

DE GRIEUX.

Me dan miedo.

Nada temas

estando conmigo. Aguarda.

*(Sin apartar los ojos de la Hechicera:)*

¡Es extraña coincidencia!

ROJA.

*(Reparando en Manon y De Grioux:)*

¡Eh, vosotros, acercaos!

MANON.

Estamos bien.

ROJA.

¿Nos desprecias?

LIBERTA.

Déjalos.

MANCHADA.

¡No querrá nada

con nosotros la marquesa

del perejil!

ROJA.

¡Tú, Manon!

HECHICERA.

¿No cyes?

*(Al oír el nombre:)*

MANCHADA.

¿Manon?

Sí. Aquella

que está con aquel.

*(Pausa. La Hechicera es ahora quien los mira fijamente.)*

LIBERTA.

¿Qué miras?

HECHICERA.

*(Levantándose.)*

HOMBRE 1.º  
HECHICERA.

Nada. Que yo haré que vengan.  
¿A dónde vas?

Ahora mismo

vais a verlo.

(Acercándose a De Grioux:)

Con licencia.

DE GRIEUX.  
MANON.  
HECHICERA.  
DE GRIEUX.  
HECHICERA.

Tú la tienes.

No la escuches.

¿Por qué? No mancho, que sepa.  
Habla.

Creo recordar,  
o engañan las apariencias,  
que somos viejos amigos.  
No sigas: tú la hechicera  
de Amiens y yo el estudiante.  
Aún no entrabas por la puerta  
que ya te reconocí  
por tu sonrisa siniestra.  
¡Pronto, dime lo que quieres!  
Siempre que te encontré sobre la tierra  
fué para prevenirme una desgracia,  
para anunciarme una desdicha cierta.  
Aquí de vendedora de narcóticos;  
allí de protectora o de tercera;  
unas veces en forma de enlutada  
como esfinge maldita en una iglesia;  
otras, de cortesana en tus salones;  
en la calle, en presidio, en las galeras,  
donde quiera que fuimos te encontramos  
con tu burlona mueca,  
y en todas partes de un aciago sino  
fué anuncio tu presencia!  
¿Vienes también aquí? No te detienen  
mares, furias, borrascas y tormentas?  
¡Maldita aparición! ¿Tanto nos odias?  
¿Quién eres? ¿Qué descas?

(Pausa. Todos, extrañados, contemplan la escena con  
curiosidad.)

HECHICERA.

Ya sabes tú quién soy: vuestro destino.  
Mi deber es seguirlos. No pretendas  
desviar vuestros pasos de la ruta  
que te marqué una vez. Aunque no quieras  
ello se ha de cumplir. Es ley fatal.  
¡El fin está muy cerca!

DE GRIEUX.

¡Sí, muy cerca! ¡Muy cerca! Y será en vano  
cuanto hagas por perdernos.

MANON.

DE GRIEUX.

¡Vamos! ¡Déjala!  
¡Ya no temo tus artes! Me anunciaste  
engaños, traiciones y tristezas.  
No falló tu presagio. Se cumplieron  
día por día, en dolorosa prueba.  
Mas, de todo, triunfante nuestro amor  
logró salir indemne. El nos alienta  
y él, hasta el fin, para vencer tu sino,  
nos dará fortaleza.

HECHICERA.

¡Ya ves cómo también, contra tus artes,  
armas tiene el amor que nos defiendan!  
¡Espera!... Aun no has llegado  
al final... ¡Aun os queda  
algo que te predije por cumplir!



MANON.  
DE GRIEUX.

¡De Grioux!

¡Vámonos, sí!  
(A los bebedores.) ¡Quedad con ella!  
¡Que os prediga el futuro esa mujer!  
¡Que os lo adivine! ¡Que os lo lea!  
En nosotros su hechizo ya no puede  
seguir dejando huella.

Hay algo qué nos salva: ¡Nuestra fe!  
¡Nuestra felicidad y la pureza  
de este amor que en el mundo no ha tenido  
quien igualarle en sacrificios pueda!

(Va a salir con Manon, pero SYNNELET que ha en-  
trado, le detiene con estas palabras:)

SYNNELET.  
DE GRIEUX.  
SYNNELET.

No cantes victoria aún.  
¿Vos?

(Aparte.)

Que hablásemos quisiera  
sin festigos cuanto antes.  
¿Ese tono...?

DE GRIEUX.  
SYNNELET.

¡Me impacienta  
que me matéis o mataros!  
Por mí, sin tardanza sea.  
¿Ahora mismo?

DE GRIEUX.  
SYNNELET.  
DE GRIEUX.

¿Por qué no?

Pues salid.

(A Manon.) Manon, espera.  
Synnelet quiere decirme  
algo importante en reserva.  
¿No me ocultas algún daño?  
No, Manon. Tranquila queda.

(A Synnelet.)

¿Vamos?  
Vamos.

(Se van.)

(Para sí:)

¡Santo Dios!  
¿qué extraña salida es esta?

(La gente, al entrar Synnelet, desvió su atención  
hacia la Hechicera, a quien rodca. Pero la Roja, que  
no ha cesado de espiarla, dice a Manon, en cuanto  
ellos han salido:)

ROJA.  
MANCHADA.

¿Te dejaron, desdeñosa?  
¿Por qué no los sigues, reina?

(La atención del grupo vuelve a fijarse en ella.)

ROJA.  
LIBERTA.  
HECHICERA.

¡Miren la doña Reparos!  
¿Ya la temasteis con ella?  
¿Sabéis su historia? ¿Sabéis  
quién es la mosquita muerta?  
¿Queréis que os lo diga?

MANON.  
LIBERTA.  
MANCHADA.  
MANON.  
ROJA.

¡No!  
¡Dejadla en paz!  
¡Que se sepa!

¡Quiero irme!  
(Que guarda la puerta.)

No saldrás.

Tú a escuchar. Pues bueno fuera.

MANCHADA.  
HECHICERA.

(A la Hechicera:)

¿La conociste...?  
En París,  
rica, triunfadora. En cierta  
canción que la hicieron bien

MANCHADA.  
ROJA.  
HECHICERA.

su condición se refleja.  
¡Pues dila!  
¡Dila!  
Esperad  
que haga memoria. ¿Cómo era...  
la música...?

ROJA.  
MANON.  
HECHICERA.

Eso no importa.  
Lo interesante es la letra.  
¡No la digáis, por favor!  
¡Si en ella no existe ofensa  
para ti!

MANCHADA.  
ROJA.  
HECHICERA.

No la hagas caso.  
¡Venga la canción!  
Es ésta:

*(Pausa. Todos han hecho corro para oirla. Manon avergonzada. Sólo Liberta junto a ella.)*

De todas las cortesanas,  
ninguna como Manon.  
¡Quien no la ha visto no sabe  
lo que es amor!  
Caricias como las tuyas  
nadie en el mundo las dió.  
¡Y todos van suspirando  
por su amor!  
Donde está lleva consigo  
un extraño resplandor.  
¡Y ciega a los que la miran  
como el sol!  
¡Pero ay del que se enamora  
de la inconstante Manon!  
¡Que todos pagan bien caro  
su favor!  
De todas las cortesanas,  
ninguna como Manon.  
¡Quien no la ha visto no sabe  
lo que es amor!

VARIAS VOCES.  
ROJA.  
MANCHADA.  
ROJA.  
MANCHADA.  
LIBERTA.

¡Bravo, bravo!  
¡Lindo canto!  
¡Y ejemplar, como se ve!  
¡La dama no es para menos!  
¡Así tenía que ser!  
¡Ea! ¡Ya basta! ¡Dejadla!  
¿No veis que sufre? ¿No veis?  
¡A bailar!

ROJA.  
MANCHADA.  
CAR. DE AS.

¡A divertirnos!  
¡Hay que alegrarse y beber!

*(Gran animación. Uno toca el acordeón. Otros beben. Otros forman un corro y bailan.)*

MANON.

*(Para sí, tristemente.)*  
¡Es todo mi pasado  
lo que trae la canción,  
cuando mi corazón  
ya lo había olvidado!

DE GRIEUX.  
MANON.  
DE GRIEUX.

*(Entra DE \*GRIEUX pálido, demudado, tembloroso.)*  
¡Manon!  
¡De Grioux! ¿Qué te pasa?  
Silencio, que nadie advierta...  
¡Synnelet, muerto por mí!

MANON.  
DE GRIEUX. ¡Oh!  
Al saber que no eras  
mi mujer, quiso matarme  
para hacerte suya, y fuerza  
fué que le matase yo.  
¿Y ahora?...

MANON.  
DE GRIEUX. Sólo nos queda  
un recurso: huir. Así  
que el gobernador lo sepa  
nos prenderán y otra vez  
nos separarán.

MANON. ¡Adversa  
suerte la nuestra!

ROJA.  
HECHICERA. ¡Eh, mirad!  
; Como en Francia, en estas tierras  
forman Manon y De Grioux  
la más amante pareja!  
; Ya es demasiado cariño!  
; Basta de arrullos, condesa!  
; Halel! ; A bailar con nosotros!  
; Eso!

ROJA.  
MANCHADA. ; A formar en la rueda!  
; Dejados en paz! ; Que haga  
cada uno lo que quiera!  
; No veis que tienen bastante  
con su amor? ; Qué mayor fiesta!  
; Oh, eso sí!

MANON.  
DE GRIEUX. Huyamos, Manón.  
MANON. Ya sabéis por la hechicera  
que puedo junto a vosotros  
formar en la misma rueda.  
Si me voy no es por orgullo,  
pero lo ha dicho Liberta:  
; Estando De Grioux conmigo,  
entre los dos es la fiesta!  
; Tiene razón!

CAPATAZ.  
CAR. DE AS. ; Que se entreguen  
a su amor enhorabuena!  
LIBERTA. ; Quién un amor como el suyo  
para esta noche tuviera!  
; Vivan los amantes!

CAR. DE AS. ; Vivan!  
TODOS. ...; entre los dos es la fiesta!...

MANON. *(Se aleja, abrazada a De Grioux, en tanto los demás  
los uclaman.)*

TELON





## CUADRO SEXTO

*Una cabaña en ruinas... Un árido paisaje...  
El anchuroso río Mississipi, cercano.  
La factoría al fondo... Y un gran bosque salvaje  
que fecunda el inhóspito desierto americano.*

*De noche... El parpadeo de las constelaciones  
se va debilitando opacamente.  
Empieza a amanecer y, alegremente,  
llega un eco lejano de canciones.*

*Es la fiesta que dura todavía.  
DE GRIEUX y MANON en la cabaña.  
Ella débil, sin fuerzas... Se diría  
que refleja su rostro la agonía  
de la pálida luna en que se baña.*

MANON.

*Es preciso seguir... Ya apunta el día.  
Vendrán a sorprendernos... La cabaña  
nos amparó esta noche; mas ya no serviría.  
¡Vámonos!*

*(Lo ha dicho sin mucha fe. Sin intentar siquiera  
levantarse.)*

DE GRIEUX.

Si no puedes.

MANON.

*Yo soy como la caña,  
frágil: se curva con el viento,  
parece que se quiebra a cada instante  
y nunca se doblaga... Tengo fuerzas. Me siento  
capaz de ir junto a ti mundo adelante.  
Pero yo no consiento.*

DE GRIEUX.

arrastrarte en mi huida.  
Sacrificarte por salvar mi vida  
sería criminal.

MANON.

¿No hiciste tú lo mismo por mí? Pues cada cual  
pague a tiempo su deuda. Aunque así fuera;  
aunque yo sucumbiera  
a las fatigas y al dolor;  
aunque la vida por salvarte diera,  
nunca te pagaría tu generoso amor.  
¡Me lo has pagado ya!... Vuelve al poblado.  
Nada temas. Sin mí,  
todos se afanarán por tu cuidado.  
Yo debo seguir solo.

MANON.

¡Qué horrible decepción!  
oírte hablar así!  
¿Te importaría a ti,  
sin mí, la salvación?

DE GRIEUX.

¡Manon!

MANON.

¡Juntos, bien mío, hasta el final!  
¿O es que soy, de los dos, la que más quiere?  
¿Nuestra vida qué importa, si el alma es lo in-  
[mortal  
y se empieza a vivir cuando se muere?

Seguiremos andando...

¡Nunca me hallé tan fuerte como ahora!

¡Parece que una fuerza desconocida entrando  
va por todo mi cuerpo con la aurora!

¿Quién me la da? No sé. Mas siento que ella  
un dulce bienestar me comunica...

¡Que soy menos humana y soy más bella!...

¡Que mi carne mortal se purifica!...

DE GRIEUX.

¡Manon!

MANON.

Se nos quería separar  
otra vez, cuando unidos  
para siempre creíamos estar.  
Pero no lo han logrado... Huídos, perseguidos,  
nadie conseguirá que nuestras vidas  
se puedan de su cauce desviar.  
¡No más íntimamente confundidas  
las aguas de ese río van al mar!  
¡Ese río!... Soberbio, impetuoso,  
al que fuerza ninguna se podría oponer.  
¡Mississipi, terrible y poderoso,  
que apenas gota de agua era al nacer!  
Así el amor... Nuestro divino amor  
fué aumentando y creciendo cada día.  
Aquí se despeñaba en el fragor  
de un torrente y allí se adormecía.  
Hoy era, en el remanso, agua de sueños  
reflejando paisajes de ribera;  
luego se interrumpía su curso y los risueños  
cristales se quebraban en una torrentera.  
Pero siempre, al final,  
todo afluía, sin querer, al río,  
y se iba enriqueciendo su caudal  
y cobraba más ímpetu y más brío.  
Hoy su fiero poder, ¿quién lo contiene?  
¿Quién se opone a su impulso arrrollador?...  
Accidentalmente ha sido nuestro amor.  
Mas como ese caudal que hirviendo viene

de la entraña del mundo, sobre un lecho de are-  
[nas,  
¡nuestro amor insaciable por nada se detiene  
y es un río de fuego en nuestras venas!  
¡Nunca me hablaste así!

DE GRIEUX.  
MANON.

Pues yo soy esta:  
la Manon que te adora ciegamente;  
la que vino a este mundo únicamente  
para hacerte feliz... No la funesta  
que tanto te engañó; no la inconstante;  
esa, ni la recuerde tu memoria;  
esa no existe ya sino en su historia:  
¡la historia triste de Manon galante!  
La tuya la redime de todo su pasado.  
La hace digna de ti... La hace sublime.  
¡Dime, De Grioux, que la perdonas! ¡Dime  
que eres siempre su fiel enamorado!  
¡Manon!...

DE GRIEUX.  
MANON.

Acércate... No te separes.  
¡Que sienta junto a mí tu corazón!...  
¡Ya empieza a amanecer sobre los mares  
con una claridad de anunciación!

*(En efecto, empieza a teñirse el cielo de una au-  
reola sonrosada. Se oyen lejanos cantares.)*

Espera... Aun queda tiempo... ¿Ves? No hay na-  
[die. Lejanas  
las voces de la fiesta que se van apagando...

Seguiremos andando  
por esas tierras llanas,  
solitarias, desiertas, infinitas...  
¡No digas que me quede! ¡Di que me necesitas!  
¡Que sin mí no podrías vivir! ¡Que aún nos es-  
nuevos días de amor! ¡Que en nuestra vida [peran  
amanece también, como si fueran  
hoy nuestros desposorios y yo tu prometida!..  
Volvemos a nacer... Nos internamos  
en ese mundo nuevo, salvaje y tentador,  
sin saber qué hay en él ni a dónde vamos,  
¡pero a vivir sin trabas nuestro amor!

*(Pausa. Ella se ha refugiado en el pecho de él. Se  
oye más cerca la canción de los buscadores de oro.)*

DE GRIEUX.

*(Levantándose.)*

Calla.

*(Se asoma a la puerta de la choza.)*

MANON.

¿Vienen?

DE GRIEUX.

Se acercan.

MANON.

¡Pronto! ¡Huyamos!

DE GRIEUX.

*(Intenta levantarse. El acude en su ayuda.)*

MANON.

¡Apóyate en mi brazo sin temor!

*(Dejándose caer.)*

¡Imposible!

*(La canción se oye más cerca.)*

¡De Grioux, vas a perderte

por mi culpa!... ¡Huye pronto! ¡Huye sin mí!

DE GRIEUX.

¡Jamás!... Puesto que veo que Dios lo quiere así  
¡unidos en la vida y en la muerte!

¡Dios me dará las fuerzas que te faltan a ti!

*(La coge por el talle, y tomándola en brazos va a*

salir cuando invade la escena el grupo de la taberna, capitaneado por la HECHICERA. Vienen en él LIBERTA, LA ROJA, LA MANCHADA y CARA DE ASNO.)

HECHICERA.

¿Pero estáis aquí?

ROJA.

¡Son ellos!

MANCHADA.

¡Lejos voló la pareja!

HECHICERA.

¡Bien la soledad buscaron!

ROJA.

¡Y el tiempo bien aprovechan!

DE GRIEUX.

¡Dejadnos!

MANCHADA.

¡Siempre adorándose!

LIBERTA.

¡Quién se cambiara por ella!

CARA DE ASNO.

¡Vivan los amantes!

TODOS.

¡Vivan!

LIBERTA.

¡Entre los dos es la fiesta...!

*(Risas, gritos y palmadas. Manon ha vuelto a caer en su asiento.)*

HECHICERA.

*(Que viene medio borracha, se pone delante de Manon y empieza a recitar la canción. Manon la interrumpe.)*

MANON.

De todas las cortesanas...

¡Deja que la diga yo!

¡Estoy muy alegre y quiero

repetiros mi canción!

¡Esa canción que es mi vida,

mi vida, que ya pasó!

¡La que trae a mi memoria

tantas caricias de amor!

¡La que entre tantos recuerdos

envuelve mi corazón!

*(Pausa. Las risas se han ido apagando. Todos comprenden en el tono de voz con que habla Manon que algo anormal hay en ella, y acaban escuchando con respeto.)*

*(Como en un sueño.)*

De todas las cortesanas

ninguna como Manon.

¡Quien no la ha visto no sabe

lo que es amor!

De ejemplo todos la ponen.

De ejemplo de perdición.

Mas ¡ay!, no saben que tiene

de mieles el corazón.

De todas las cortesanas,

ninguna como Manon.

¡Quien no la ha visto no sabe

lo que es amor!

DE GRIEUX.

*(Que está de rodillas junto a ella, asustado al ver su palidez mortal.)*

¡Manon!

ROJA.

¿Qué le sucede?

*(Todos se agrupan conmovidos.)*

LIBERTA.

*(Que no se ha separado de Manon desde que vino.)*

¡Está desvanecida!

DE GRIEUX.

¡¡Manon...!!

MANON.

*(Incorpórea, lejana, casi ideal.)*

¡Sálvate tú!... Ya no podemos

ir juntos... Huye... Olvida... *(Muere.)*



DE GRIEUX.

HECHICERA.

¡Oh, no! ¡No digas eso, que aún tenemos  
que amarnos mucho, mucho...!

(Que permanece aparte, inexorable, como la estatua  
del destino.)

¡En la otra vida!

(Ha amanecido. La Hechicera, con la mano en alto,  
como un hito. Dentro, nuevos grupos cantan la can-  
ción de los buscadores de oro.)

## T E L O N





# Números publicados de LA FARSA

- 1.—La caraba, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 2.—Mi mujer es un gran hombre, de Cadenas y G.-Roig.
- 3.—La villana, de Romero y Fernández Shaw.
- 4.—La aventurera, de José Tellaache.
- 5.—La cuestión es pasar el rato, de los hermanos Quintero.
- 6.—Atocha, de Federico Oliver.
- 7.—¡Mal año de lobos!, de Manuel Linares Rivas.
- 8.—María del Mar, de Juan Ignacio Luca de Tena.
- 9.—La del soto del Parral, de Sevilla y Carreño.
- 10.—La sopa boba, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
- 11.—Los lagarteranos, de Luis de Vargas.
- 12.—Me casé mi madre..., de Carlos Arniches.
- 13.—¡Escápate conmigo...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
- 14.—Calamar, de Pedro Muñoz Seca.
- 15.—Las alondras, de Romero y Fernández Shaw.
- 16.—El anticuario de Antón Martín, de Antonio Paso.
- 17.—Cancionera, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.
- 18.—El gato con botas, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
- 19.—Vía Crucis, de L. F. Ardavin.
- 20.—Su mano derecha, de H. Maura.
- 21.—Entre desconocidos, de Ralael López de Haro.
- 22.—La Manola del Portillo, de Carretero y Pacheco.
- 23.—Doña María la Brava, de Eusebio Marquina.
- 24.—La chula de Pontevedra, de Garradas y Jiménez.
- 25.—La última novela, de Manuel Linares Rivas.
- 26.—La noche iluminada, de Jacinto Benavente.
- 27.—¡Usted es Ortíz!, de Pedro Muñoz Seca.
- 28.—Tú serás mío, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
- 29.—La petenera, de Serrano Anguita y Góngora.
- 30.—El último romántico, de José Tellaache.
- 31.—La mala uva, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 32.—La casa de los pingos, de Paso y Estremera.
- 33.—La marchenera, de R. González del Toro y F. Luque.
- 34.—El que no puede amar, de Alejandro Mac-Kinley.
- 35.—La muralla de oro, de H. Maura.
- 36.—La parranda, de Luis Fernández Ardavin.
- 37.—El demonio fué antes ángel, de Jacinto Benavente.
- 38.—La morería, de Romero y F. Shaw.
- 39.—La cura, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
- 40.—El señor de Pigmalión, de Jacinto Grau.
- 41.—Y va de cuento, de J. Benavente.
- 42.—Hernani, de los hermanos Machado y Villavespa.
- 43.—No hay dificultad y Cristobalón, de Linares Rivas.
- 44.—La capitana, de Sevilla y Carreño.
- 45.—Mi padre no es formal, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
- 46.—¡Bendita seas!, de A. Novión.
- 47.—¡Pare usted la jaca, amigo!, de Ramos de Castro.
- 48.—El buen camino, de H. Maura.
- 49.—El tío Quilco, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
- 50.—¡Per el nombre!, de Federico Santander y José María Vela. La más fuerte, de Augusto Strindberg.
- 51.—Mademoiselle Nana, de Pilar Millán Astray.
- 52.—Mariana Pineda, de Federico García Lorca.
- 53.—El cadáver viviente, de L. Tolstói.
- 54.—El deseo, de Luis F. Ardavin.
- 55.—Cuento de amor, de Jacinto Benavente, y Sonata, de Viu.
- 56.—¡Más que Paulino...!, de González del Castillo y M. Alonso.
- 57.—Un alto en el camino, de El Pastor Poeta.
- 58.—Cuerdo amor, amo y señor, de Avelino Artís.
- 59.—¡No quiero, no quiero!..., de Jacinto Benavente.

- 60.—La atropellaplatos, de Paso y Estremera.
- 61.—El burlador de Sevilla, de Francisco Villaloespesa.
- 62.—Las adefas, de M. y A. Machado
- 63.—Lola y Lolo, de José Fernández del Villar.
- 64.—El automóvil del rey, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
- 65.—Mi hermana Genoveva, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
- 66.—Raquel y el naufrago, de Honorio Maura.
- 67.—La maja, de Luis F. Ardavin.
- 68.—El rosal de las tres rosas, de Manuel Linares Rivas.
- 69.—La tatarabuena, de Cadenas y González del Castillo.
- 70.—El último lord, de Hugo Falena.
- 71.—Cuento de hadas, de H. Maura.
- 72.—¡Un millón!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
- 73.—Oro molido, de Federico Oliver.
- 74.—De la Habana ha venido un barco..., de Paso y Estremera.
- 75.—Las hilanderas, de F. Oliver.
- 76.—Hilos de araña, de Manuel Linares Rivas.
- 77.—¡Mira qué bonita era...!, de Francisco Ramos de Castro.
- 78.—Cuento de aldea, de Luis Fernández Ardavin.
- 79.—Una mano suave, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
- 80.—¿Quién te quiere a tí?, de Luis de Vargas.
- 81.—¡Al escampol, de El P. Poeta.
- 82.—Lo imprevido, de F. de Viu.
- 83.—El club de los chifados, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
- 84.—La zanta, de Luis Fernández Ardavin y Valentín de Pedro.
- 85.—Los claveles, de Sevilla y Carreño.
- 86.—El solar de mediacapa, de Carlos Arniches.
- 87.—El sofá, la radio, el peque y la hija de Palomeque, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
- 88.—El rosario, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
- 89.—La dama del antifaz, de Charles Meré, traducción de C. de Castro.
- 90.—Noche de cabaret, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
- 91.—La prisionera, de Bourdet, traducción de Cadenas y G.-Roig.
- 92.—Una farsa en el castillo, de Molnar, traducción de Lepina.
- 93.—¿Qué tienes en la mirada?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 94.—Pepa Doncel, de J. Benavente.
- 95.—El fantasma de Canterville, de Oscar Wilde.
- 96.—La casa de la troya, de Linares Rivas y Pérez Lugin.
- 97.—La niña de plata, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.
- 98.—Napoleón en la luna, de Navarro y Sáez.
- 99.—Adán y Eva, de Pilar Millán Astray.
- 100.—La dama del mar, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.
- 101.—Romance, adaptación española de A. Fernández Lepina.
- 102.—El Abolengo, de Manuel Linares Rivas, y Dúo, de Paulino Masip.
- 103.—Amo a una actriz, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
- 104.—Para el cielo y los altares, de Jacinto Benavente.
- 105.—Don Floripondio, de Luis de Vargas.
- 106.—El cardenal, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
- 108.—La araña de oro, de Orsler y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
- 109.—La Loba, de Ceferino R. Avelilla y Manuel Merino.
- 110.—¡Atrévete, Susana!, de Ladislao Fodor, traducción del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révész.
- 111.—El difunto era mayor, de Luis Manzano Mancebo.
- 112.—Han matado a don Juan, de Federico Oliver.
- 113.—Sexto Sexto, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
- 114.—La Lola se va a los puertos..., de M. y A. Machado.
- 115.—¡Maldita sea mi cara!, de Magda Donato y Antonio Paso.
- 116.—Lo que Dios dispone, de Muñoz Seca.
- 117.—Para tí es el mundo, de Carlos Arniches.
- 118.—Oriente y Occidente, de W. Somerset Maugham.
- 119.—Estudiantes y Modistillas, de Antonio Casero.
- 120.—Volpone, de Ben Jonson.

- 121.—El alfiler, de Pedro Muñoz Seca.
- 122.—Ser o no ser, de Rafael López de Haro.
- 123.—María Victoria, de Manuel Linares Rivas.
- 124.—El gato y el canario, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
- 125.—La aventura de Irene, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
- 126.—¿Qué da usted por el Conde?, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
- 127.—Maya, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
- 128.—El negro que tenía el alma blanca, de Insúa y Oliver.
- 129.—Ella o el diablo, de Rafael López de Haro.
- 130.—El Cuatrigémino, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 131.—Los Tres Mosqueteros, de Ardaín y Valentín de Pedro.
- 132.—Cuando empieza la vida, de Linares Rivas.
- 133.—¡La condesa está triste!..., de Carlos Arniches.
- 134.—Manos de plata, de Francisco Serrano Anguita.
- 135.—De cuarenta para arriba... de A. F. Lepina y R. G. del Toro.
- 136.—Fabiola o los Mártires cristianos, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
- 137.—Peletes, de Francisco de Viu.
- 138.—Anfisa, de Leonidas Andreiev.
- 139.—El protagonista de la virtud, de Manuel D. Benavides.
- 140.—El ruiseñor de la huerta, de El Pastor Poeta.
- 141.—¡Contente, Clemente!, de Antonio Paso.
- 142.—El alma de la aldea, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
- 143.—El millonario y la bailarina, de Pilar Millán Astray.
- 144.—La hija de Juan Simón, de de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
- 145.—El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina, arreglo de los hermanos Machado.
- 146.—La educación de los padres, de José Fernández del Villar.
- 147.—La mala memoria, de Abati y y García Alvarez, y La cizaña, de Linares Rivas.
- 148.—La rosa del azahrán, de Romero y Fernández Shaw.
- 149.—Shanghai, de John Colton, traducción de A. Mori.
- 150.—Satanelo, de Pedro Muñoz Seca.
- 151.—Casanova, de Loran Orbock, traducción de F. de Viu.
- 152.—Seis pesetas, de Luis de Vargas.
- 153.—La sombra, de Dario Niccodemi.
- 154.—Los pollos "cañón", de José Fernández del Villar.
- 155.—La mar y sus peces, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
- 156.—La mujer desnuda, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarce.
- 157.—La Cárcel Modelo, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
- 158.—Trianeras, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 159.—El séptimo cielo, de A. Strong, traducción de A. F. de Madrid.
- 160.—Olimpia, de Franz Molnar, traducción de T. Borrás y A. Révész.
- 161.—Papá Gutiérrez, de Francisco Serrano Anguita.
- 162.—El crimen de Juan Anderson, de Annie Wisse, adaptación de G. Omedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
- 163.—"K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
- 164.—La espada del hidalgo, de Luis Fernández Ardaín.
- 165.—Don Esperpento, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
- 166.—La danzarina roja, de Hirsh, traducción de Lepina y Burgos.
- 167.—Siegfried, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
- 168.—La calle, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
- 169.—El tonto más tonto de todos los tontos, de A. Paso y T. Borrás.
- 170.—El amante de Madame Vidal, de Luis Verneuil.
- 171.—La Perulera, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 172.—¡Cásate con mi mujer!, de László Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.
- 173.—Me lo daba el corazón, de Honorio Maura.
- 174.—La vieja rica, de Fernández del Villar.
- 175.—Piruetta, de F. de la Milla.
- 176.—La Maricastaña, de F. Sassone.
- 177.—¡Viva Alcorcón, que es mi pueblo!, de Ramos de Castro y Carreño.
- 178.—El señor Badanas, de Arniches.
- 179.—La condesita y su bailarín, de Honorio Maura.

- 80.—Monte de abrojos, de José Castellón.
- 181.—Adán, o el drama empieza mañana, de Felipe Sassone.
- 182.—Los Chamarileros, de Arniches, Abati y Lucio.
- 183.—El alma de Corcho, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 184.—Han cerrado el portal, de Ardavín.
- 185.—Tierra en los ojos, de Serrano Anguita.
- 186.—El hombre que se deja querer, de Bernard Shaw.
- 187.—Tómame en serio, de A. Paso.
- 188.—La noche loca, de H. Maura.
- 189.—Mari-Bel, de Coello de Portugal.
- 190.—El cuento del lobo, de Molnar.
- 191.—Proa al sol, de Angel Lázaro.
- 192.—El Padre Alcalde, de Muñoz Seca.
- 193.—La prima Fernanda, de Manuel y Antonio Machado.
- 194.—Los amores de la Natl, de Pilar Millán Astray.
- 195.—Doña Herodes, de A. Paso.
- 196.—Margarita, Armando y su padre, de Enrique Jardiel Poncela.
- 197.—La de los claveles dobles, de Luis de Vargas.
- 198.—La Guapa, de J. M. Granada y Téllez Moreno.
- 199.—La Academia, de García Alvarez y Muñoz Seca.
- 200.—¿Dí que eres tú, de Antonio Paso y Juan Chacón.
- 201.—Mi casa es un infierno, de José Fernández del Villar.
- 202.—La reina castiza, de don Ramón del Valle-Inclán.
- 203.—¿Que trabaje Rita!, de Antonio Estremera y R. García Valdés.
- 204.—¡No seas embusteral, de Molnar, adaptación de Francisco Serrano Anguita y Andrés Révész.
- 205.—Las pobrecitas mujeres, de Luis de Vargas.
- 206.—El perro del hortelano, de Lope de Vega, refundición de Manuel y Antonio Machado.
- 207.—¡Un momento!, de F. Sassone.
- 208.—Las doctoras, de Eduardo Haro.
- 209.—Los Reyes Católicos, de José Fernández del Villar.
- 210.—La niña de la bola, de Leandro Navarro.
- 211.—El tío catorce, de Pedro Pérez Fernández.
- 212.—Una conquista difícil, de Rafael López de Haro.
- 213.—El chófer, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
- 214.—La culpa es de Calderón, de Leandro Blanco y Alfonso Lapena.
- 215.—Como los propios ángeles, de Juan G. Olmedilla y A. Muñoz.
- 216.—Una gran señora, de Enrique Suárez de Deza.
- 217.—La marimandona, de José Ramos Martín.
- 218.—El embrujado, de don Ramón del Valle Inclán.
- 219.—Todo Madrid lo sabía..., de Manuel Linares Rivas.
- 220.—Don Juan José Tenorio, de Silva Aramburu y Enrique Paso.
- 221.—La culpa es de ellos, de Augusto Martínez Olmedilla.
- 222.—Entre todas las mujeres, de Francisco Serrano Anguita.
- 223.—Vivir de ilusiones, de Arniches.
- 224.—Los pistoleros, de F. Oliver.
- 225.—La fuga de Bach, de José Fernández del Villar.
- 226.—Las llamas del convento, de Luis Fernández Ardavin.
- 227.—Las víctimas de Chevallier, de Antonio Paso.
- 228.—¡Todo para tí!, de Pedro Muñoz Seca.
- 229.—María, o la hija de un tendero, de Antonio Fernández Lepina.
- 230.—Jaramago, de Jorge y José de la Cueva.
- 231.—La marchosa, de Carreño y Sepúlveda.
- 232.—La mujer del día, traducción de Gutiérrez Roig.
- 233.—La hija del tabernero, de Angel Lázaro.
- 234.—¡A divertirse tocan!, de Capella y Lucio.
- 235.—Carracuca, de Luis Fernández de Sevilla.
- 236.—El drama de Adán, de Pedro Muñoz Seca.
- 237.—Broadway, de Arturo Mori.
- 238.—Mi padre, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
- 239.—La duquesa de Benamejí, de Manuel y Antonio Machado.
- 240.—La diosa ríe, de Carlos Arniches.
- 241.—Manon Lescaut, de Luis F. Ardavin y Valentín de Pedro.

TEATRO ESCOGIDO  
DE  
CARLOS ARNICHES

---

VOLUMENES PUBLICADOS:

Tomo 1.º - La chica del gato. El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno. Las estrellas. Prólogo de José Carner.

Tomo 2.º - Es mi hombre. La señorita de Trevez. Los milagros del jornal. Prólogo de Ramón Pérez de Ayala.

Tomo 3.º - Para ti es el mundo. La tragedia de Marichu. El amigo Melquiades. Prólogo de Alfonso Hernández Catá.

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, número 18

M A D R I D

# LA FARSA

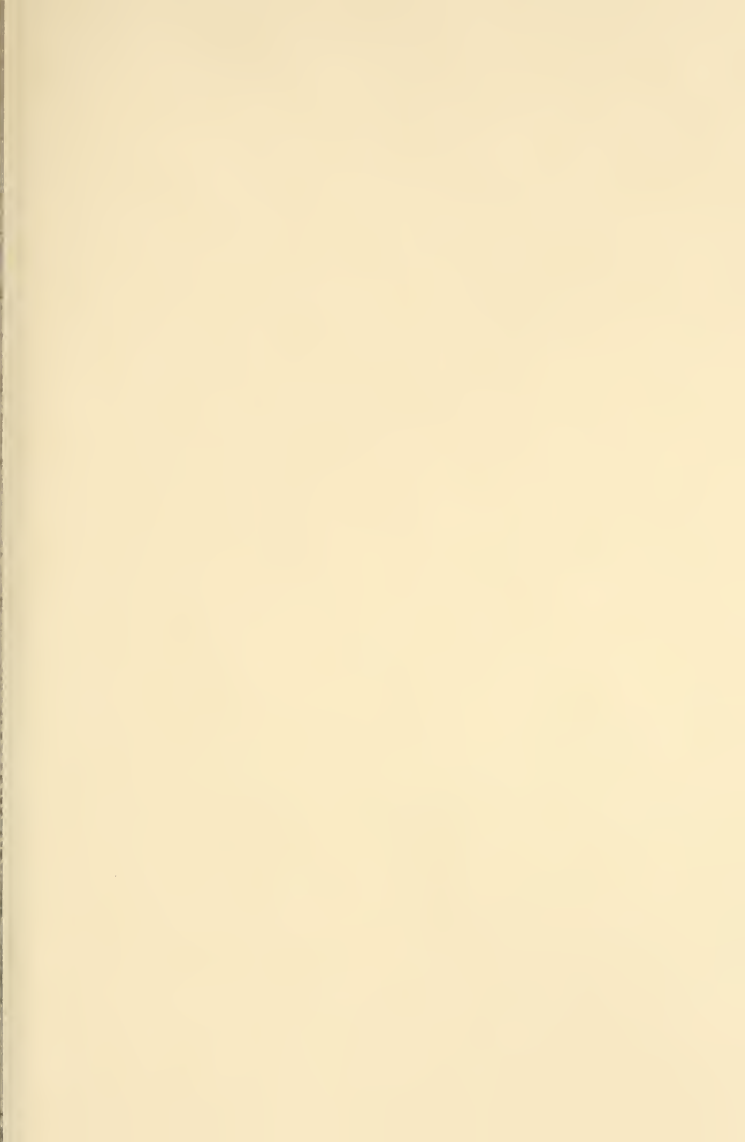
está a la venta en la

LIBRERIA Y EDITORIAL MADRID

ARENAL, 9. - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que le falten para  
1-1 completar su colección 1-1







**RARE BOOK  
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT  
CHAPEL HILL**

PQ6217

.T44

v.29

no.1-18

